

HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANÍA

(Continuacion)

Cerró el paso hácia el norte a los indios amotinados con algunos destacamentos que colocó en puntos estratégicos, los redujo a la paz con estas medidas de precaucion i continuó su viaje hasta Concepcion, donde creia encontrar al sucesor que se le habia nombrado. Como aun no hubiese llegado, siguió activando los preparativos para entrar en campaña.

Disponia únicamente de trescientos diez hombres para realizar tan árdua empresa, porque no podia contar con las guarniciones de Chillan i Concepcion, destinadas a sujetar a las tribus de los contornos. Con esta diminuta fuerza se decidió a invadir el territorio enemigo, segun parecer unánime de sus capitanes. El 24 de enero de 1601 la division invasora rompió la marcha para la rejion meridional por el camino del centro, con el objetivo principal de proteger i libertar a las ciudades sitiadas con la mayor prontitud.

Este propósito del gobernador interino se vió contradicho, sin embargo, con los hechos, pues habian trascurrido cerca de dos semanas i se hallaba a corta distancia del lugar de partida, en Quilacoya. Aun mas, contramarchó a Concepcion a pretexto de que se le llamaba con urjencia a defender la plaza de Arau-

co. Vieron sus enemigos en esta contramarcha la intencion de evadirse de la campaña, i en tal sentido lo acusaron mas tarde, cargo que él desvirtuó alegando que los cabildos de Chillan i Concepcion le habian pedido el retardo de su espedicion.

Iba en Hualqui, el 10 de febrero, cuando supo que el gobernador propietario habia desembarcado en esta última ciudad i deseaba conferenciar con él acerca de los negocios de Chile, particularmente de los de la guerra. Con toda premura continuó a Concepcion, i el 11 del mismo mes esperó que bajara a tierra don Alonso de Ribera para darle la respetuosa bienvenida.

García Ramon le suministró verbalmente los detalles principales acerca del estado de la guerra i hasta le prometió pasarle al día siguiente un proyecto de campaña, que Ribera no habria de aceptar; porque, siendo un militar mas aventajado que su antecesor, concibió desde luego un plan propio en armonía con sus conocimientos i las necesidades que se le presentaban a la vista.

Ningun jeneral de los que hasta entónces habian peleado contra los araucanos, habia tenido, en efecto, la alta concepcion militar de don Alonso de Ribera, como que su esperiencia provenia de largos servicios prestados en las guerras de los Países Bajos, escuela de donde salieron los mas hábiles guerreros venidos a América.

Natural de Ubeda, en Andalucía, desde mui jóven se dedicó a la carrera de las armas. Cuando apenas poseía algunos conocimientos de matemáticas i contaba cerca de veinte años de edad, en 1579, se afilió de soldado en el ejército de Flandes. Su bizarro comportamiento en una série de batallas lo llevó, del ínfimo grado del escalafon, al rango de alférez.

Formó parte de la invencible armada i del ejército que Alejandro Farnesio llevó a Francia en 1590. En la campaña que al año siguiente abrió el mismo jeneral contra esta nacion, mandaba ya Ribera una compañía con el título de capitán. Como tal asistió a las muchas batallas que hubo en suelo frances, hasta que cayó herido de gravedad en el asalto de la plaza de Capelle en Picardía, en 1594.

Al año siguiente, tan pronto como recobró su salud, se incor-

poró de nuevo al ejército invasor i se distinguió por su arrojo en una acometida que con otros capitanes llevó a efecto en el ataque de Chatelet el 26 de junio de 1595. En julio de este año el Conde de Fuentes, que mandaba a los españoles, tenía sitiada la población de Doullens. Ribera se hallaba al frente de un escuadron de tropas ligeras. En uno de los frecuentes combates que se verificaban entre sitiados i sitiadores, el jeneral en jefe ideó una retirada falsa i ordenó que la jente de los capitanes Mendoza i Ribera se ocultara en lugar a propósito para que diera al enemigo una sorpresa que podia decidir la batalla. Las tropas francesas cayeron en la emboscada que les tenían preparada estos dos oficiales, quienes, en el momento mas oportuno, descargaron sobre ellas una lluvia de balas de arcabuces i mosquetes i las hicieron volver atras, perseguidas por la caballería española.

El capitan Ribera conquistó desde este día esa popularidad que en las grandes masas armadas suelen adquirir algunos militares mui valientes o mui afortunados, fama que se acrecentó despues cuando las fortificaciones francesas cayeron en poder de sus asaltantes. En uno de estos ataques finales recibió una herida en un brazo.

Continuó la guerra entre España i Francia. Don Alonso de Ribera no desdijo en las campañas sucesivas la merecida reputacion de capitan heróico que habia adquirido en las anteriores. En el asedio de las plazas de Cambray i Calais fué de los primeros en el asalto.

Vuelto a Flandes con el archiduque Alberto, que mandaba entónces el ejército de Felipe II, continuó agregando a su hoja de servicios brillantes hechos de armas.

Nuevamente el ejército español abre las hostilidades contra los franceses en 1597; bien entendido que en las filas de los castellanos se hallaba el infatigable capitan Ribera. En la rendicion de la ciudad de Amiens i en su defensa mas tarde por las fuerzas españolas, desempeñó un papel de primaria importancia, pero una bala de arcabuz lo hirió en una pierna. A fines de este año regresó a Flandes, donde el archiduque Alberto le confirió el grado de sarjento mayor, o comandante en jefe de uno de los tercios de infantería.

Trasladóse a España despues de haber recibido este ascenso, acaso a jestionar una recompensa por tan señalados servicios. Aquí se fijó en él la corte para mandarlo a Chile; sus honrosos antecedentes militares lo señalaban para que ocupara el puesto que dejaba desocupado la muerte de Oñez de Loyola. Efectivamente, al terminar el año 1599, el rei Felipe III habia nombrado de gobernador a Ribera.

No podia la corona, por la carencia de recursos que la aflijia, suministrarle todos los soldados i los elementos necesarios para la empresa que se pensaba acometer; trescientos hombres únicamente habia disponibles para poner bajo las órdenes del gobernador recien elegido.

En los primeros dias de 1600 partió de Sevilla la flota que todos los años salía para Méjico a buscar el tesoro real. Agregáronse algunos galeones para que se embarcara la jente de Ribera. A los dos meses de feliz navegacion, arribaron todas las naves a Portobelo, en el istmo de Panamá.

Don Alonso de Sotomayor, gobernador de esta rejion, informó a Ribera de las particularidades de Chile, de la condicion de los araucanos, de su número i tenacidad en la resistencia, todo lo cual contribuyó a perturbar las alegres ideas de triunfos i de gloria que traía el aguerrido militar.

Al contar su tropa, que hizo bajar a tierra el jefe de la escuadra, jeneral don Márcos de Aramburu, quedó convencido de que era imposible llevar a cabo una espedicion al pais de los araucanos con tan pocos i tan inútiles soldados: doscientos noventa i uno por todos, viejos algunos, reclutas otros, desarmados i enfermos los demas.

Atendió Ribera desde el primer momento al equipo de dos buques para trasladarse al Perú; por mucha que fuese su actividad, no se demoró ménos de dos meses en los aprestos. Al fin pudieron las embarcaciones tomar rumbo al sur conduciendo a la columna de espedicionarios, un tanto disminuidos por la desercion i las enfermedades endémicas de Panamá. Tocaron en Paita, i por tierra siguió el gobernador de Chile hasta Lima.

Desde su llegada a esta ciudad, 17 de octubre de 1600, comenzó a activar la prosecucion de su viaje a la gobernacion a que iba destinado; pero desde el primer dia tambien su dili-

jencia se estrelló con la terquedad del virrei, el cual, si no hostil a sus planes, era indiferente. Obraba en su ánimo la idea errónea de que el nuevo gobernador, ignorante de las cosas de Arauco, no era el llamado a llevar a término la pacificación, sino García Ramon, siendo que en realidad un militar de dotes tan reconocidas como Ribera, tendría que imponerse bien pronto de cuanto se relacionara con los negocios de la guerra.

Por disposición de Felipe III, el virrei debía remitir a Chile sesenta mil ducados de situado cuando llegaran a este reino los contingentes de tropa que había ofrecido el monarca. Ribera presentó un memorial en que solicitaba esa suma en atención al estado precario del país i a la circunstancia de haber llegado ya mas de mil soldados. El virrei accedió a la solicitud; eso sí que en vez de dinero se le enteró una buena parte de la cantidad en jéneros i otros artículos de vestir, avaluados a precios exorbitantes.

Siguió presentando el gobernador una série de memoriales para subvenir a las necesidades de su tropa, entre varios, uno en que pedia se fijara sueldo al personal de su columna i otro en que instaba se le entregase artillería. A ámbas peticiones se negó Velasco.

Tan reiteradas negativas concluyeron por irritar a Ribera, que creyó ver una enemistad franca del virrei hácia su persona i una decidida proteccion a García Ramon, a quien éste le daba tiempo así para que adelantara sus trabajos militares en Arauco. Formuló estas quejas ante su majestad i le manifestó al propio tiempo la confianza que abrigaba en el éxito de su expedición.

Mas de dos meses lo retuvieron en Lima estos trajines i papeleos, hasta que pudo zarpar del Callao en dos navíos el 24 de diciembre de 1600, con encargo del virrei de arribar a Valdivia para proteger desde ahí a las ciudades australes. A doscientos sesenta hombres ascendía solamente el cuerpo de ejército del gobernador. El 9 de febrero de 1601 tocaba en Concepcion i no en la ciudad que le había señalado su superior jerárquico. El 11 desembarcó i se puso al habla con su antecesor.

Cerca de cuarenta i un años tenia don Alonso de Ribera

cuando pisó el suelo chileno. Era de esos jenios fácilmente irritables, en los que el primer impulso i no la reflexion dirige las acciones i en los que suele seguir al arranque violento la calma i a veces el arrepentimiento.

Poseia la arrogancia característica del español de su época, sobre todo del que hacia de las armas una profesion, aumentada en él por sus glorias militares. Un rasgo sobre el particular: cuando reunia un consejo, daba ántes que todos su opinion.

Era espléndido en su modo de vivir, queriendo imitar quizas a los príncipes que habia tratado en su carrera de oficial; le agradaba pasar rodeado de amigos i personas de su dependencia, celebrar frecuentes banquetes i saraos. Introdujo en las costumbres frugales hasta entónces de los habitantes de Chile, criollos i peninsulares, la moda de brindar en las comidas i de poner las botijas de vino sobre los manteles de la mesa.

Dado a los placeres ilegítimos, sus contemporáneos lo acusaban de llevar una vida íntima incorrecta, "en compañía de una moza" que habia traído de Lima.

En mayor escala que sus compatriotas, se apasionaba por el juego, i en su casa las apuestas tomaban proporciones no usadas entre los vecinos i capitanes de Santiago.

Sin miramientos por el derecho ajeno, quitaba sus encomiendas a sus antiguos poseedores para repartirlas entre sus parciales.

Ménos allegado a las cosas de la relijion que los españoles de su tiempo, lucha con las autoridades eclesiásticas, se casa clandestinamente, allana los conventos, hace azotar a los clérigos de órdenes menores i conversa con irreverencia en las procesiones, lo que en una ocasion motivó un ruidoso i público altercado con el obispo Pérez de Espinosa.

No se necesita decir que la irascibilidad de un carácter tan voluntarioso i altivo, debia sentirse con particularidad en los actos del servicio. Así sucedia en efecto, pues trataba groseramente a los soldados, los apaleaba con su baston i vejaba a menudo a meritorios oficiales.

Tal era la personalidad moral del militar mas distinguido que habia venido a Chile a someter a los araucanos, empresa

que el monarca confiaba a su pericia i valor, probados en tantas i tan célebres batallas (1).

Tras las cortesías de etiqueta se ocultaba, pues, en los dos jefes, Ribera i Garcia Ramon, un fondo de reservas i desconfianzas, bien disimuladas en el primer momento de sus relaciones. No obstante, el segundo se resolvió a quedarse en el país, porque el virrei le pedía en los términos mas lisonjeros su valiosa cooperacion en el ejército. No podía durar, por lo tanto, esta aparente armonía.

Al día siguiente de la entrevista, Garcia Ramon entregó a Ribera un proyecto de campaña, que consistia en invadir el territorio araucano con tres cuerpos que debian maniobrar simultáneamente, uno por la costa, otro por el centro, a proteger a las ciudades sitiadas de Villarrica i Osorno, i el tercero por el mismo camino a repoblar las de Santa Cruz i Angol. Parecióle al gobernador inaceptable el plan de su predecesor, por cuanto fraccionaba su ejército debilitándolo i por encontrarlo semejante a los que se habian puesto en ejecucion anteriormente, sin ventajas decisivas. Pidió Garcia Ramon que Ribera le diese una respuesta categórica sobre él, i en su defecto, solicitaba su venia para "irse a su casa"; a lo que éste le contestó hiciera lo que fuese de su agrado.

Despues de esta desavenencia con Garcia Ramon, citó a sus capitanes para una junta que se verificaria el 16 de febrero, a fin de someter a su deliberacion el plan de campaña que habia ideado. Basábase este proyecto en socorrer sin dilacion la plaza de Arauco i en no fraccionar las fuerzas del ejército, para evitar el levantamiento de los indios del norte i perder en consecuencia las ciudades de Concepcion i Chillan. Aceptaba igualmente el socorro de las ciudades australes, pero en vista de las dificultades insuperables del momento, diferia esta operacion para mas tarde.

Aprobaron por unanimidad los oficiales del consejo el plan estratégico del gobernador. Viendo Garcia Ramon desairada

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III. ERRÁZURIZ, *Seis años de la historia de Chile*, tomo II. OLIVARES, *Historia de Chile*.

su opinión, se propuso volver al Perú, deseo en que no lo contrarió por cierto su rival, interesado como estaba en alejar de su lado un estorbo que podía embarazar la libre acción de su gobierno. Desde esta fecha surgió entre los dos jefes una larga enemistad de recriminaciones recíprocas sobre errores militares, llevada ante el virrey i el monarca mismo.

Pensó en seguida en iniciar las operaciones; para esto era preciso introducir primero algunas reformas en el ejército. Modificó los malos hábitos que la costumbre i la indisciplina habían arraigado en el servicio, como el relevo de guardias, que se hacía descuidadamente i abandonando el puesto vijilado, i el de las rondas, que también se descuidaba hasta el extremo de irse a dormir una partida ántes que llegara otra a reemplazarla; el órden en las marchas, que se verificaron en lo sucesivo en conformidad a las reglas de tropas regulares, i la táctica en los combates, que se ejercía sin tomar en cuenta las emboscadas de los indios. Para la seguridad de las ciudades i fuertes, Ribera ordenó que ningun indio penetrase a los cuarteles sin que llevara la vista vendada i que los centinelas no se retiraran al toque de caja al amanecer, hora en que los araucanos, sabedores de este descuido, elejían para sus sorpresas. Introdujo asimismo el uso del "santo i seña" para las guardias; lo que, como sucede en todo al rutinarismo con lo nuevo, provocaba la risa de los oficiales i soldados.

El mas importante de estos trabajos de reorganizacion del ejército fué sin duda el de dar mayor ensanche a la infanteria. Como antiguo capitán de esta arma, el gobernador sabia apreciar su valor en la guerra. El poder incontrarrestable que la caballeria habia tenido en épocas anteriores, se hallaba mui disminuido con la creacion a firme de una raza caballar indijena, que los araucanos consiguieron multiplicar en sus tierras. Su papel como elemento decisivo de combate, habia terminado ya; entraba la época de la infanteria.

Con las tropas que habia espedicionado Garcia Ramon i las suyas, Ribera formó un cuerpo de ejército de quinientos cuarenta i dos hombres. El 21 de febrero emprendió con ellos la marcha hácia el sur, con la determinacion de socorrer la plaza de Arauco. Adelantó por mar un buque con provisiones i algu-

nas lanchas, en las que atravesó el Biobio sin dificultad. Siguió salvando los espolones de la cordillera de Nahuelvuta que se avanzan hácia el mar i donde los indios habian resistido tantas veces a los españoles; éstos, como una lejion vengadora, iban arrasando cuanto encontraban á su paso, chozas, sembrados i animales. Los habitantes de estas comarcas, persuadidos por sus triunfos de que eran dueños para siempre de sus tierras, huyeron espantados al principio i despues tocaron el recurso usual de ofrecer la paz, que el jeneral no aceptó.

Pensaron entónces en la resistencia, pero hallaban que éstos españoles no eran como los de ántes, pues marchaban con mucho órden i acampaban tomando minuciosas precauciones. Con todo, un grupo de quinientos araucanos se presentó tímidamente un dia a combatirlos; mas, la vanguardia de infanteria los recibió con tan recio fuego de mosquetes, que los hizo huir con precipitacion. Al siguiente se presentaron por la retaguardia, con resultados tan negativos como el anterior.

Al comenzar el mes de marzo, Ribera penetraba al fuerte de Arauco, donde sesenta i uu hombres se habian defendido con todo heroismo de grandes indiadas, que a la aproximacion del ejército español se desbandaron en distintas direcciones.

No teniendo el gobernador enemigos con quienes combatir, ocupó a sus soldados en hacer la cosecha de las mieses conquistadas i en recojer los animales, principalmente las vacas que ya criaban los indíjenas en buena cantidad. El fuerte de Arauco quedó así repleto de víveres.

Se dedicó en seguida a escribir al rei acerca del estado de pobreza en que se encontraba el pais i del pié lamentable del ejército, en cuanto a vestuario i a elementos bélicos, por lo que le pedía un pronto i ámplio socorro.

Sometidos los indios del norte de la rejion marítima, quiso llevar sus armas contra los que poblaban las márgenes del Biobio i construir dos fuertes en el lugar en que estuvo la ciudad de Santa Cruz. Atravesó en consecuencia la cordillera de Nahuelvuta por su cabezal del norte sin ninguna dificultad; solos se veian ahora esos sitios regados tantas veces con la sangre de sus moradores i la de sus asaltantes, los españoles: no se atrevian a presentar combate al jefe a que obedecian las huestes

castellanas, jefe de cuya superioridad en la guerra estaban bien impuestos por sus espías. Llegó, pues, a esa comarca, pero como sobrevinieran las lluvias de fines de marzo, tuvo que regresar a Concepcion sin haber emprendido las obras de defensa que intentaba, aunque causando primero todo el daño posible en las sementeras i habitaciones de los bárbaros.

En cambio, activó al norte del Biobio los trabajos de fortificaciones. Edificó un fuerte en Talcahuano para resguardar la ciudad de Concepcion i otro, destinado a poner en seguridad a Chillan, en un paraje que tenia el nombre de Lonquen, entre el riachuelo de la misma denominacion i el Itata.

Habia llegado el mes de mayo o el comienzo del invierno i por consiguiente la primera campaña quedaba terminada. Dirijióse entónces a Santiago con el objeto de tomar posesion del gobierno civil i esperar un refuerzo que debia llegarle de España por la via de Bucnos Aires.

Ribera tenia esperanzas de que este contingente alcanzara a mil quinientos hombres, con los cuales pensaba dominar por completo i para siempre la rebelion de los araucanos; mas las levass frecuentes que se hacian en la península para los ejércitos reales i el pavor que infundia en todas las provincias la guerra de Arauco, fueron circunstancias que contribuyeron a que en lugar de ese número apénas se reunieran quinientos hombres, o sea un tercio de infantería. Púsose este cuadro a las órdenes del sarjento mayor don Luis de Mosquera, i entre los capitanes que lo mandaban, venia don Alonso González de Nájera, oficial aleeccionado en las guerras de Flándes i mas conocido por su libro *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, que contiene tan valiosas noticias sobre las costumbres araucanas i las prácticas militares de los españoles. Las naves que traian esta fuerza, incorporada para hacer el viaje a otra que espedicionaba a Tucuman, zarparon de Lisboa a fines de setiembre de 1600. Habiendo tocado primero en Rio Janeiro, llegaron el 4 de marzo a Buenos Aires. Con numerosas dificultades el jefe de toda la espedicion, don Francisco Martínez de Leiva, que iba de gobernador a Tucuman, reunió los elementos indispensables de transporte, como carretas, caballos, vacas i víveres, i despachó la

columna por las pampas en direccion a Mendoza. Como en la mitad del mes de mayo los soldados de Mosquera llegaban a esta poblacion, fatigados, sin vituallas, con sus ropas destrozadas. Las nieves del invierno habian cubierto los caminos de la cordillera e impedido por lo tanto que el refuerzo continuara su viaje a Chile.

El gobernador se ocupó miéntras tanto en los negocios civiles i en los aprestos de la campaña venidera. En primer lugar apoyó las presentaciones de los cabildos ante el rei para que eximiese del servicio de las armas a los habitantes del pais, propietarios i encomenderos, por ser perjudicial a la agricultura. Ribera queria que se reemplazaran estas movilizaciones de vecinos, que se hacian todas las primaveras i veranos, por un ejército permanente, remunerado i sometido a un sistema fijo de ascensos. Como estaba autorizado para ello, estableció un rol de sueldos para los oficiales, que fué el siguiente: maestre de campo, ochenta i tres ducados mensuales; sarjento mayor o jefe de tercio, sesenta i cinco; capitán de caballería, sesenta; capitán de infantería, cincuenta; alferez de caballería, veinticinco; alferez de infantería, veintitres. Pidió tambien que se hiciera estensiva esta medida a los individuos de tropa, que debian ganar: los sarjentos quince, i los soldados diez. Se interesó por la industria agrícola i al efecto escribió al rei pidiéndole que le enviase soldados jóvenes que sirvieran como tales i como colonos por sus aptitudes para cultivar la tierra. Pedíale, ademas, con mucha insistencia el envío de otro cuerpo de auxiliares i el aumento del situado o de la renta anual del ejército.

Ocupado se hallaba en todos estos detalles administrativos cuando recibió en junio una carta que desde Osorno le escribia el coronel Francisco del Campo, i en la cual lo imponia del estado afflictivo de las ciudades australes i de lo ocurrido un año ántes con los corsarios holandeses.

Parecióle grave la situacion i se decidió a prestarles a esas poblaciones con toda prontitud el socorro que tanto necesitaban. Se dirijió a Valparaíso a preparar dos buques con provisiones, los cuales, tocando en Concepcion para embarcar doscientos hombres, debian arribar a Valdivia. Concluida esta

diligencia, regresó a Santiago, donde, con la arrogancia i la arbitrariedad que lo caracterizaban, echó "derramas" o impuestos extraordinarios, de animales, dinero i víveres.

El 11 de octubre salió con toda rapidez para Concepcion, a poner atajo a los avances de los indios que audazmente habian atravesado el Biobio i merodeaban por sus márgenes boreales; el 25 llegó a esa ciudad. Equipó aquí doscientos hombres de los mejores, los embarcó en dos buques con las vituallas necesarias para tres meses, los puso a las órdenes de los capitanes Hernández Ortiz i Gaspar Doncel i despachó por último el convoi para Valdivia.

Entretanto él quedó haciendo los aprestos para salir personalmente a campaña con otra division mas fuerte. El 23 de diciembre salia a la cabeza de trescientos soldados en direccion al sitio en que se juntan los rios Laja i Biobio.

Iba resuelto a cambiar el sistema defensivo que se habia hecho tradicional en las guerras de Arauco, es decir, el que consistia en diseminar las ciudades i fortificaciones en toda la estension del territorio. Con su perspicacia de militar sobresaliente comprendió que tal plan era defectuoso i débil; porque dejaba aisladas las plazas fuertes, a grandes distancias unas de otras i espuestas a sitios frecuentes i prolongados i a emboscadas contínuas los destacamentos que se destinaban a su resguardo. Ideó en su reemplazo el plan progresivo o el de establecer una línea de fortalezas, en puntos estratégicos i cercanos, de manera que la proteccion recíproca fuera practicable i eficaz en un momento dado. Esta série de fuertes se iria adelantando gradualmente, a medida que los recursos i las ventajas lo permitieran o lo que es lo mismo, la frontera del territorio araucano se avanzaria hácia el interior.

Este plan de conquista era en realidad el mas conforme a las reglas de la estrategia i el único que despues de cerca de tres siglos vino a favorecer la ocupacion definitiva de Arauco; pero Ribera se equivocaba en el tiempo que demandaria su ejecucion, pues se imaginaba que bastarian pocos años para consumir esta obra, siendo que para concluirla se requerian varios períodos i muchos elementos.

Los indios coyunches, que poblaban la rejion del sur del

Laja hasta el Renaico, no habian depuesto las armas desde la destruccion de la ciudad de Santa Cruz. Con el objeto de someterlos, el gobernador construyó un fuerte en cada una de las orillas del Biobio i ordenó la demolicion del que existia en Talcahuano, ya innecesario por el sometimiento de los indios comarcanos.

Por estos mismos dias llegó a su campamento el refuerzo que habia quedado detenido en Mendoza, compuesto de cuatrocientos cuarenta hombres, en vez de quinientos que salieron de España. Llegaban con mucha oportunidad, porque su arribo coincidia con la nueva de que los indios de la costa habian atacado la plaza de Arauco i la tenian sitiada.

Antes de continuar las operaciones quiso oír el parecer de sus capitanes i los convocó a una junta de guerra. Interrogóles acerca del lugar por donde convenia iniciar las hostilidades. ¿Se socorria a Villarrica o se conservaba la línea fronteriza del norte? Unánime fué la opinion en favor del plan de Ribera, esto es, de que se resguardara la línea de frontera, llave de todo el reino, i de que se expedicionase a Arauco.

Se trasladó, en consecuencia, a esa plaza por el camino de la cordillera occidental. Los bárbaros le salieron al frente acudidos por un mestizo de apellido Prieto que vivia entre ellos; pero, incapaces de presentar una resistencia seria, se dejaron arrollar, herir i hacer prisioneros; un crecido número de muertos quedó en el campo de la pelea. Devastando cuanto encontraba a su paso, llegó al fin el gobernador a la plaza sitiada, cuyos alrededores dejó limpios de bárbaros en breve espacio de tiempo. Fuéronse a ocultar como de ordinario los araucanos a los escondrijos de sus montañas i bosques. El jeneral hizo recoger al cuartel las mieses de los campos vecinos i volvió a continuación a proseguir sus trabajos de fortificacion en las márgenes del Biobio.

Cruzó las sierras de Nahuelvuta sin que su marcha fuese interrumpida por una resistencia formosa i llegó al término de su camino, en circunstancias que los indios de las comarcas circunvecinas a los fuertes recién edificados, se habian vuelto a sublevar, habian pretendido desalojar a la guarnicion de uno i derramádose por el norte del gran rio de la frontera. El go-

bernador pasó resueltamente el Laja i por el lado derecho del Biobio siguió al sur hasta donde éste recibe las aguas del Vergara. Fundó en este paraje un fuerte con la denominacion de Santa Cruz de Ribera, que le sirvió de base para sus correrías a las inmediaciones. Tanto por esta parte como en el territorio del norte, en que estaban situadas las ciudades de Concepcion i Chillan, quedó restablecida la paz. El rigor de costumbre habia dirijido los actos de Ribera con los vencidos: de las muchas "piezas" o indios prisioneros, unos fueron ahorcados i los demas puestos en cautiverio en el Perú i en las poblaciones de los distritos septentrionales del pais.

Mui distinta era la situacion de las ciudades australes, adonde no habia podido llegar todavia el ejército vencedor del jeneral. En Osorno los indios no cesaban de acometer a los españoles desde 1600, en grupos enormes de las comarcas cercanas i de Angol, Guadava, Puren e Imperial, que se habian corrido al sur enorgullecidos por sus victorias i dominados por el aliciente del botin. Ostentando las armas de los españoles muertos i cautivos i montando mas de mil caballos de primera clase, formaban en verdad un conjunto armado poderoso i temible. Pero las ventajas del mayor número i la arrogancia de las feroces indiadas, estaban contenidos por el valor i la pericia del coronel del Campo, hombre en nada inferior a esos héroes castellanos verdaderamente admirables que habian desfilado ántes que él en estas guerras de Arauco.

Se le iban concluyendo el vestuario i todo medio de subsistencia; las enfermedades, los combates i la escasez habian causado muchas bajas en su tropa. Se propuso entónces romper la incomunicacion en que se hallaba, haciendo construir una embarcacion menor que llevara aviso al norte, la cual, por desgracia, zozobró en la barra del rio Bueno. Los bárbaros se apoderaron de una parte de la ciudad i destruyeron el convento de las monjas clarisas, a quienes distribuyó el coronel entre las familias del vecindario. Estas religiosas, muchas mujeres i hasta los mismos frailes i clérigos, pedian que se les sacara de la ciudad i se les llevase a Santiago; a lo que se negaba del Campo con la intencion quizas de obligar a los últimos a tomar las armas como todos los demas vecinos i sobre todo para no

quedar privados de los auxilios espirituales en momentos tan peligrosos.

A pesar de esto, el coronel no dejaba de hacer correrías en los campos cercanos, i hacíalas con una saña feroz, sin perdonarles la vida ni a los niños, ancianos, ni mujeres; a los prisioneros de importancia los condenaba a la pena del garrote.

En una de estas incursiones tomó cautivo a un cacique de nombradía llamado Yayol i orijinario de Imperial. No lo condenó a muerte sino que entró en tratos con los indios para canjearlo por su cuñada doña Beatriz de Rosas, que retenían como prisionera los de Imperial. Se convino en que el canje se haría en el rio Bueno. Al efectuarse este acto, los bárbaros acometieron de repente a los españoles en tan crecidos escuadrones, que llegaban a cerca de tres mil, la tercera parte perfectamente montados. El coronel, que no pudo descubrir la emboscada a pesar de sus precauciones, tuvo que hacer frente a sus enemigos. Los arcabuceros treparon a una colina i lanzaron una lluvia de proyectiles sobre los indios, que se retiraban deshechos; seis veces volvieron al asalto para desalojar a la infantería de sus posiciones i otras tantas fueron repelidos, pero la caballería que los perseguía, ménos numerosa, era rechazada a su turno por los jinetes araucanos. Sobrevino una lluvia, que obligó al coronel a retirarse, aunque en buen orden i volviendo cara de trecho en trecho sobre los que le picaban la retaguardia.

Los indios perdieron veintitres hombres i se llevaron veintisiete heridos. Entre los españoles perecieron dos combatientes mui estimados de sus compañeros, cuyas piernas i brazos destrozaron los salvajes para sacarles los huesos i hacer silbatos o *pivillcas*.

Cifraba todas sus esperanzas de que terminara su aislamiento en una embarcacion mayor que la perdida en el rio Bueno i que mandó construir a Chiloé. A principios de 1601, despues de seis meses de trabajo, el buque estuvo listo. Embarcóse en él como emisario de los aflijidos habitantes de Osorno, el capitán Francisco de Rosas, cuñado del coronel. Fué este comisionado el que comunicó al gobernador, algunos meses mas tarde, el inminente peligro que amenazaba a la ciudad.

Como desesperase ya de recibir el socorro que habia mandado buscar i como las hordas de bárbaros crecieran en número i audacia, tomó la resolucion de abandonar la ciudad i trasladarse a Castro en la primavera de 1601, donde la manutencion de su jente seria mas fácil i la defensa mas segura. Para poner en ejecucion su propósito, salió de la poblacion i se trasladó a Carlemapu. Al llegar a este lugar se alojó cerca del fuerte i una buena porcion de su tropa se diseminó por las cercanias en busca de algunas piraguas o embarcaciones pequeñas, que habrian de servir para cruzar el canal de Chacao.

Entre los indios residia un mestizo natural de Quito que se llamaba Lorenzo Baquero. Habíase fugado de Osorno por un castigo que le hizo aplicar del Campo. Por vengarse i por servir las miras de sus albergadores, acechaba la oportunidad de dar un golpe de mano a su antiguo señor.

La oportunidad se le presentó al rayar el alba del dia siguiente al que el coronel, tan confiadamente, despachó en comision a sus soldados i él se quedó con mui pocos. Ocultando su presencia i la de un grueso peloton de indijenas que lo acompañaba, se acercó Baquero al campamento español. Cuando estuvo cerca de un centinela a quien conocia, lo llamó por su nombre ofreciéndole perdonarle la vida si se silenciaba; pero el soldado dió la voz de «¡arma, arma!» i se escapó al lado de los suyos.

El mestizo acomete entónces con toda rapidez. El primero que sale de su toldo al oír el estrépito de la embestida fué del Campo, sin su armadura i a medio vestir. Con una lanza en las manos i seguido de unos cuantos soldados, corre al encuentro de los bárbaros, cruza con ellos su arma, que se quiebra en la mitad. Con el pedazo que mantiene empuñado, continúa defendiéndose, hasta que llega Baquero i le atzaviesa el pecho de una lanzada. Gritale en este instante al mestizo un español llamado Cristóbal de Morales: «¡ah, perro mestizo! aquí estoy yo que castigaré tus maldades,» i apuntándole con el arcabuz, lo tiende muerto de un balazo.

Al ruido del combate acuden los que andaban por las inmediaciones i, mandados por el capitán Jerónimo de Pedraza, caen

con furioso impulso contra los indios asaltantes, traban con ellos una lucha de cuerpo a cuerpo i al fin los dispersan.

Entre los héroes de esta jornada descolló el capellan del cuerpo español Jorge de Aranda, que salió con veinte heridas.

Temiendo los capitanes que el cadáver de su denodado jefe fuese destrozado por los salvajes, para arrancarle la cabeza i convertirla en vaso i trofeo de guerra, convinieron en sepultarlo en el fondo de un rio, para lo cual lo arrojaron al agua con piedras atadas al cuello. Inmerecida sepultura para tan insigne batallador.

Pedraza tuvo que seguir adelante la empresa que su jefe se habia propuesto llevar a cabo. Hostilizado por los indios, construyó un barco casi inservible, que se calafateó con camisas i se afianzó con clavos de madera. En tan peligrosa embarcacion hicieron los fujitivos la travesia del canal.

Tal era el estado de esta rejion cuando llegó a Valdivia el capitan Francisco Hernández Ortiz con el refuerzo de doscientos hombres que enviaba el gobernador Ribera. Corrió el jefe de esta fuerza en auxilio de Osorno; los bárbaros no le obstruyeron la marcha, pero el pasaje de los rios fué un tropiezo que retardó su avance. Sin embargo, llegó en momentos oportunos para salvar a la ciudad de caer en manos de los indios. Segun las instrucciones que llevaba, debia reemplazar a del Campo, dado que hubiera perecido peleando; fundar un fuerte, base de una futura poblacion, i socorrer a Villarrica. En vez de ceñirse a este plan, el mejor que podia acordarse en estas circunstancias, se dirijió a Chiloé, donde, perdiendo de vista su propósito de juntar víveres, se entregó a correrías contra los bárbaros, no tan urgentes como las operaciones relativas a libertar a las ciudades amenazadas.

Era tarde ya cuando, en marzo de 1602, volvió en proteccion de la zona de Villarrica, en la cual se mantenian triunfantes desde tiempo atras las armas araucanas.

Tres años hacia que los abnegados defensores de Villarrica, sin recibir ningun refuerzo, sufrían innumerables privaciones i libraban tantos combates, que todo en conjunto forma uno de los episodios mas conmovedores de nuestra historia nacional.

Tan admirable como los detalles de esta odisea, era el escenario en que se realizaron.

Hacia el noreste de la provincia de Valdivia, en el paralelo 39° 15' i el meridiano 72° 10', se estiende el pintoresco receptáculo de agua conocido jeneralmente con el nombre de lago Villarrica. Se eleva solo a 226 metros de altura sobre el nivel del mar i su perímetro mide 80 kilómetros, poco mas o ménos. Fuera de muchas corrientes menores, lo mantienen siempre lleno el rio Trancura que baja de los Andes i el Quelhue que sale de la cercana laguna de Caburhua. Por su extremo occidental da oríjen al Tolten, el rio de mayor caudal en la antigua frontera, despues del Biobio.

Sus márgenes se presentan en particular por el sur i el oeste, en pequeñas laderas o en superficies planas que se pierden gradualmente en el agua; por el lado oriental vienen a morir algunas alturas de las faldas andinas. Por esta misma parte se interna al lago una península de 123 hectáreas llamada Pucon, del nombre de un pueblo que existe en la línea en que aquélla comienza.

Casi en el centro se levanta una islilla cubierta de árboles, que conserva su denominacion indijena de Alequillen (resplandor de la luna), i de la cual todavia se cuentan poéticas tradiciones araucanas i la española de estar enterrados en su recinto los tesoros de la ciudad arruinada.

La vejetacion de sus alrededores aparece hermosa i gigantesca: los coihues, raulés i robles alcanzan a una elevacion de sesenta metros i a no ménos los lingues, pinos, cipreces i otros de hojas siempre verdes; arbustos elevados i tupidos se intercalan entre los troncos de los árboles i diversas enredaderas los envuelven en forma de espirales; una gran variedad de helechos, musgos i plantas hepáticas, cubren el suelo. Con razon se consideran estos parajes como los mas bellos de la Araucanía.

A diferencia de otros lugares de la misma latitud, el clima es templado i mas o ménos uniforme, debido quizas a la proximidad del lago. Estas condiciones climatéricas han favorecido en todo tiempo, desde los españoles hasta el presente, la produccion de cereales i de la horticultura. Aun en los cordones del este no es raro encontrar árboles frutales, como los duraznos que re-

quieren ciertas propiedades benignas para aclimatarse i fructificar.

Periódicamente sopla un viento impetuoso i duradero del levante que mueve las olas con tanta violencia, que el lago toma el aspecto de un mar ajitado.

La mirada certera de los conquistadores, conociendo las ventajas físicas de esta comarca, la eligió para hacer surgir de ella, en la ribera austral de la gran concavidad, una poblacion floreciente, la cual, a los cultivos de la agricultura, agregaba la riqueza de los lavaderos i minas que le dieron el nombre de Villarrica.

Siete calles angostas, como son las del tipo antiguo español, i de distintas dimensiones por la naturaleza del terreno, se extendian casi de norte a sur, i cinco de este a oeste. Por la parte septentrional i la del oriente, circundaba a la ciudad un barranco que va orillando la playa, i por la meridional la cerraban unas vegas que los trabajos de campo han disminuido en la actualidad. Unas cuantas quebradas, que vacian las aguas de las vegas en el lago, atravesaban la ciudad.

Los edificios, construidos de adobes o tapias, eran bajos i se componian de la "vivienda principal", es decir, de los cuartos secretos i de la cuadra o sala, en que se vivia, se trataban los negocios i se recibian las visitas de cumplido; de "los apartamentos" o dependencias secundarias, como barracas i bodegas, i de los corrales i el huerto, regado por una acequia. A causa de esta distribucion, las casas ocupaban por lo regular el área de toda una cuadra i en conjunto aparecian como claustros.

Habia alcanzado Villarrica, ántes del largo sitio que la arruinara, un grado regular de progreso, que se trasluce en los restos de sus edificios públicos i particulares. Tenia, en efecto, por esta fecha tres iglesias, un hospital, casas de cabildo, cárcei i fábricas de lienzo i de fundicion (1).

(1) Debemos a la amabilidad del señor don Julio López, vecino de Villarrica desde hace diecinueve años, el croquis de la ciudad restaurada. En las escavaciones que con este objeto se han practicado, han aparecido

La prosperidad de esta poblacion i su aislamiento atrajeron a ella desde el principio de la sublevacion turbas innumerables de salvajes.

Como se ve en el plano de la ciudad restaurada, los españoles habian levantado trincheras en las calles para impedir el acceso de los indios al interior del pueblo i defenderse palmo a palmo hasta el último trance. Ese era el propósito que animaba al jefe de la plaza i héroe de la defensa, capitán Rodrigo de Bastidas. Pero, impotentes para seguir resistiendo por tantos puntos diseminados, fueron perdiendo terreno en sucesivos i encarnizados combates. Así, paulatinamente, los bárbaros iban destruyendo la poblacion o entregándola a las llamas. Sus desgraciados e inquebrantables defensores tuvieron al último que encerrarse en el fuerte.

Aquí se prepararon a sucumbir con honra ántes que entregar sus cabezas al cuchillo del indíjena i sus mujeres a la feroz lascivia del cacique. Todos cooperaban en la medida de sus fuerzas a los trabajos comunes i los oficiales daban ejemplo de resignacion i heroicidad. Un soldado de apellido Tejada fundió las campanas de los conventos i los objetos de metal que poseian los vecinos para forjar dos cañones que sirvieron mucho durante el asedio.

Repeliendo ataques o llevándolos al campamento enemigo, trascurria interminablemente el tiempo para los españoles, que no veian perdidas las esperanzas de ser socorridos. Despues de un año de crueles sufrimientos, a fines de 1599, los indios, por intermedio de dos prisioneros, don Gabriel de Villagra i doña Maria Carrillo, les ofrecieron perdonarles la vida si se rendian. Bastidas rechazó tal proposicion, i los mismos prisioneros lograron escaparse en seguida de manos de los bárbaros i encerrarse en el fuerte. Por ellos supieron los sitiados la aterradora noticia de la destruccion de Valdivia, consolada un tanto con la de

grandes basas de piedra, utensilios de cobre, herramientas de hierro, piedras de molino i crisoles. Sobré el antiguo pueblo se ha trazado la nueva poblacion de Villarrica, con la diferencia de ser los cuadriláteros de una hectárea i las calles mas anchas.

que el coronel del Campo se hallaba en Osorno con su ejército i con la intencion de socorrerlos.

Los indios mantenian el sitio de la plaza no en una línea militar visible i continuada que se pudiera atacar en un momento dado, sino en masas ocultas, prontas para interrumpir la comunicacion o para caer inopinadamente sobre los que salían de la fortaleza. Con todo, a veces los indios se acercaban individualmente o en pequeños grupos a los españoles con la determinacion de poner en práctica algun ardid de guerra. Cerca unos de otros, se ponian al habla o para denostarse o para conversar i en ocasiones hasta para hacer cambios de objetos.

Un capitan español llamado Juan Beltran, hombre mui conocedor del idioma i de las costumbres araucanas, aprovechando este acercamiento ocasional, inventó una estratajema que debia dar un alivio pasajero a los hambriados defensores del fuerte. Díjoles que estaba decidido a dejar un encierro en que tanto se padecia i dispuesto a secundarlos en el esterminio de sus compañeros; pero que era necesario no perder las riquezas i los objetos valiosos que poseian los españoles, quienes los destruirian o esconderian ántes que entregarlos a sus vencedores. Les agregó que a fin de evitar esta pérdida, convenia arrancárselos por engaño, para lo cual les aconsejaba traer a las cercanias del fuerte toda clase de víveres con que efectuar el cambio por especies. Lo hicieron así los indios, porque no ponian en duda la palabra de un individuo que gozaba de mucho prestigio entre ellos i tenia por esposa a una mujer de raza indijena. Rodearon, pues, el fuerte i aun penetraron a su interior muchos indios que traian provisiones. Cuando ya se habia verificado el trueque, Beltran los atacó de improviso, mató a los que tuvo a su alcance i puso en fuga a los demas. Botin de esta injeniosa asechanza fueron los caballos i el resto de los comestibles que no habian alcanzado a cambiar los sorprendidos. Se mataron los caballos i de su carne se hizo cecina, que sirvió para alimentar a la jente por espacio de seis meses a lo ménos.

Este artificio exasperó a los bárbaros: surjieron de todos lados las masas ocultas i embistieron contra los españoles, que hicieron proezas de valor i rechazaron a los asaltantes.

Miéntras tanto el tiempo trascurría i la situacion de los sitia-

dos no se mejoraba; el hambre comenzaba de nuevo con sus horrores i el espíritu militar se abatía. Los soldados se aventuraron temerariamente a salir a las inmediaciones del fuerte buscando yerbas que comer o algun caballo que arrebatar; a veces el éxito corona sus esfuerzos i en otras pagan con la vida su arrojó.

La comida se agotó del todo; los hombres principiaron entonces a comer cueros i jabon, i al decir de un cronista bien informado, "una mujer comió la criatna de sus entrañas," que acababa de dar a luz, i "carne humana la comieron muchos, i de los indios que mataban hacian cecinas." La desesperacion se apoderó de todos los corazones; las mujeres i los niños morían estenuados por la necesidad, "i cada una se iba por donde queria, sin obediencia las hijas a las madres i las mujeres a los maridos, porque el hambre no guardaba respetos a la obediencia por conservar la vida" (1).

En el último mes del año 1601, los españoles dieron en salir a buscar manzanas verdes a sus antiguos huertos; mas, al encontrarse con los indios que los espiaban, sucumbían peleando o caían prisioneros. Un día se organizó una de estas salidas de un modo mas sério, con el objeto de ir a cojer el deseado fruto al sitio en que estuvo el convento de San Francisco. Reuniéronse algunos soldados i los capitanes Márcos Chavari, Juan Beltran, Pedro Alcaide, don Alonso de Córdoba i don Gabriel de Villagra i, seguidos de dos frailes, muchas mujeres i niños, se encaminaron al punto a que se habían propuesto llegar. Sin atender las advertencias de Chavari i Beltran, la jente acosada por el hambre se apartó, antes de llegar, a recojer frutillas. Un peloton de indios los acometió en el acto: una piedra derribó al primero de estos capitanes, que fué hecho prisionero, i el segundo murió dando pruebas de estraordinaria bizarría. Si no sale Bastidas en su proteccion, ninguno habría escapado vivo; sin embargo, murieron tambien el prior de Santo Domingo frai Pablo Bustamante i el soldado Luis Rodríguez i quedaron prisioneros Pedro Alcaide, Juan de Torres i el presbítero Alonso Núñez.

(1) ROSALES, *Historia*, libro V, capítulo XXVI.

Al día siguiente llegaron los indios delante del fuerte con los cautivos i en tono jactancioso pidieron su rendición. Contestaron los de adentro como acostumbraban los castellanos de aquella época, ¡jamás!

No era esta la última desgracia. El soldado Pedro Saucedo se había distinguido por su habilidad para apoderarse de uno que otro caballo del enemigo i llevarlo a los habitantes de Villarrica. Habiendo caído en poder de los indios en una de estas hazañas, quiso reemplazarlo el clérigo Andres de Viveros, i efectivamente salió con algunos indíjenas de servicio a poner en práctica su propósito; tan desgraciado anduvo, que a poco trecho cayó prisionero. Dos veces cautivo i otras tantas fugado, los bárbaros le tenían una malquerencia en cierta manera justificada. Condenáronlo a ese jénero atroz de suplicio usado por los mismos españoles, al empalamiento. Lo azotaron primero, i desatado despues, Viveros se arrodilló i «estuvo un rato los ojos clavados en el cielo ofreciéndose a Dios i pidiéndole perdón de sus culpas.» Le atravesaron en seguida los intestinos con un palo puntiagudo i lo quemaron por último.

Con tres años de rudo batallar con el hambre i hordas tan bravias como tenaces, la poblacion de la ciudad se hallaba reducida al principiar el mes de febrero de 1602 a once hombres i diez mujeres. No obstante, nadie pensaba en rendirse; todos querian llegar hasta el último extremo en la defensa, en el heroísmo i en la esperanza de recibir auxilios. Las mismas mujeres se armaron i montaban la guardia como los hombres.

Bastidas presentia que el momento supremo se acercaba. «Recojiéronse todos a un reducto mui estrecho i pusieron en el medio un altar con la imájen de Nuestra Señora del Rosario i un Cristo mui devoto i, encomendándose con muchas lágrimas a ellos, les suplicaban les enviasen socorro del cielo ya que en la tierra no le habia para ellos» (1).

El 7 de febrero comenzaron a maniobrar compactos pelotones de indios. El primero en llegar fué el cacique Cumenahuel (tigre rojo), con un hijo del jefe de la plaza que retenia a su lado como prisionero de guerra. El caudillo de los araucanos

(1) ROSALES, *Historia*, libro V, capítulo XXVI.

exigió a los defensores del reducto que se rindieran i les ofreció en cambio perdonarles la vida. El capitán Rodrigo de Bastidas, con una resolución espartana, contestó que no había otra solución que la muerte.

Principia entónces un avance furioso de todos los guerreros indígenas, los cuales obligan a los cautivos que se adelantan de sus filas a incendiar el fuerte i los esponen así a los primeros golpes de sus mismos compañeros. Los pocos españoles que ocupan sus respectivos puestos de combate, rechazan varias acometidas i pelean sin descanso, ayudados por las mujeres que los proveen de pólvora i balas. Crecen el número, los alaridos salvajes i el ardor de los indios que los circundan; se declara el incendio en las barracas de la fortaleza, i el calor, la sed i el cansancio agotan por completo las fuerzas del puñado de castellanos que no han caído en la refriega; los bárbaros penetran al cabo al interior de los parapetos i matan a los que sobreviven a esta lucha memorable.

Quedaron vivos el jefe Bastidas, Juan Sarmiento de Leon, un jóven llamado Juan de Maluenda i algunas mujeres. Bagaje, armas i pertrechos pasaron también a manos de los indios; pero no las monedas i objetos de valor, porque, según la tradición, todo lo enterraron sigilosamente sus dueños con la esperanza de recuperarlo algún día (1).

Como botín de sus propios indios de servicio, quedó el intrépido Bastidas. Quisieron éstos salvar la vida a su señor de otros tiempos, ya fuese por gratitud o por el interés del rescate; mas, se opuso a ello Cumenahuel, cacique principal en la jornada, i tuvo que ser condenado a muerte con el ceremonial acostumbrado para los prisioneros de valer.

Se le condujo desnudo i con una soga de juncos delante de una junta reunida para presenciar la última pena. Al verlo su mujer, que se hallaba presente, corrió hácia él llorando a cubrirlo; se la rechazó a golpes de su lado.

(1) Hase creído por otros que los tesoros de la ciudad se enterraron en un solo sitio. La reina Cristina de España, dando ascenso a esta creencia, ha encargado al padre capuchino Sifrido, que se ocupa en hacer escavaciones actualmente en Villarrica, los restituya al tesoro de la corona, al cual cree que pertenecerían.

Cumenahuel tomó la palabra para ensalzar la victoria recién obtenida i decir que el mejor medio de celebrarla era entregar el cuerpo del capitán español a sus lanzas i flechas. Cuando terminó su discurso, un golpe en la cabeza derribó a Bastidas, la cual, separada del tronco, se levantó en una lanza. En el corazón, que le arrancaron simultáneamente, untaron las armas i se lo repartieron en seguida a pequeños pedazos (1).

En Concepción supo Rivera estos sucesos, por comunicacion del capitán Hernández Ortiz, quién le pedía apuradamente algun refuerzo para prevenir los que, como consecuencia inevitable, habrían de sobrevenir. El gobernador, obedeciendo a los impulsos de su carácter, se irritó contra este capitán por la pérdida de Villarrica i se resolvió inmediatamente a deponerlo del mando. Designó para que lo reemplazara al capitán Antonio Mejía, militar de su confianza, al cual le entregó veinticinco hombres i muchos elementos de los que hacia poco habían llegado del Perú, juntamente con el situado de 17,000 pesos para la tropa.

Partió Mejía en junio de 1602 en una embarcación pequeña para Valdivia i el gobernador, para Santiago, donde lo llamaban negocios urgentes que despachar i sus aficiones a la vida placentera de paseos, saraos, juegos i exhibición personal.

Renovó desde esta ciudad su petición de socorros al monarca. En los principios del mes de enero de este año había enviado con destino a España a su secretario Domingo de Erazo, para que impusiera al rei de la situación del país, desde la escasez de recursos i la necesidad de hombres, hasta las campañas i el sistema defensivo que había puesto en práctica. En todas sus comunicaciones insistía en la urgencia de elevar el ejército de 708 hombres de que constaba a 1,000, exclusivamente peninsulares i no de los inscribibles del Perú. Solicitaba asimismo que del situado real se pagara no solo a los tropas que viniesen de España, sino también a las enroladas en Chile.

Obligó además a los vecinos a que concurriesen al sostenimiento del ejército con derramas o impuestos extraordinarios i

(1) ROSALES, *Historia*, libro V, capítulo XXVI. ERRÁZURIZ, *Seis años de la Historia de Chile*, tomo II, página 115. Tradiciones recojidas por el autor.

volvió al sur en octubre. Agregadas a su séquito venían muchas personas del norte a asistir a la campaña próxima.

Como todos los años, el invierno había puesto tregua a las hostilidades, aunque no hasta dejar a los indios en una completa inercia; los del distrito del fuerte de Santa Fé atacaron a su guarnición. Esta fortaleza estaba construida a la orilla derecha del Biobío, cerca de donde recibe las aguas del Vergara. El invierno de 1602 había sido muy lluvioso y el primero de estos ríos, saliendo de madre, inundó el fuerte, que corría el riesgo de ser arrastrado por la corriente. Los bárbaros se reunieron entonces en los alrededores a esperar que las aguas obligaran a los españoles a evacuar el cuartel para acometerlos. Por suerte para éstos, la avenida declinó; pero, en la necesidad de salir a proveerse de leña y carrizo, tuvieron que sostener recios encuentros algunas partidas que tripulaban una embarcación menor con indios que les preparaban emboscadas en la ribera.

En la primavera renovaron el ataque, no ya los indios comarcanos solamente, sino también los de Puren y otras tribus mandadas por Pelantaro y el cacique Navalvuri o Nahuelvuri que se había hecho notar entre los araucanos por sus cualidades de guerrero.

Jefe de la guarnición del fuerte, de ciento sesenta hombres, era el capitán don Alonso González de Nájera.

Los indios, como de costumbre, se valieron de una estratagemma para engañar a los españoles. Hicieron que se introdujera a la plaza uno de los suyos, de aspecto enfermizo y como estenuado por el hambre, valiéndose particularmente de su antigua condición de indio de servicio. El capitán González halló en un atado de la mujer del espía un *pron*, o hilos con nudos, que lo hizo entrar en sospecha. Atormentado primero y después lanceado, confesó que el fuerte debía asaltarse dentro de pocos días y que él tenía encargo de encender la barraca de carrizo. Tal como lo suponía el prevenido jefe español, al venir el día 29 de octubre cayeron los araucanos sobre los cuatro costados de la fortificación en número de algunos miles. Advertidos los del interior de la presencia de los asaltantes, ocuparon con prontitud sus puestos y rompieron el fuego de sus arcabuces y mosquetes. Siguióse un sangriento y prolongado combate en que

las armas se cruzaban por encima de las empalizadas. Muchos soldados estaban heridos de flechas i lanzas, que los indios introducían por los intersticios de los palos; el mismo González de Nájera, que animaba arduosamente a su tropa, había recibido una lanzada i un flechazo. Viendo éste que los araucanos, lejos de ceder, se mostraban de momento en momento mas resueltos, ordenó a su jente que gritara: «que huyen, que huyen». Creyeron algunos que en realidad se trataba de una derrota en un punto que no veían i retrocedieron; bien pronto se produjo en todos el pánico i abandonaron el campo. Muchos heridos quedaron en el fuerte, los cuales, por carecer de medicinas, se curaron con agua del río únicamente. Los indios dejaron algunos muertos al pié de los parapetos; halláronse a estos cadáveres cuerdas en los brazos, destinadas a los prisioneros, e instrumentos de guerra al cuello, hechos de los huesos de españoles (1).

El 3 de noviembre llegaba Rivera a Concepcion i el 22 de diciembre salía a campaña con toda su jente, entre la cual se contaba un nuevo refuerzo de ciento veinte hombres que le había enviado el virrei del Perú. Se encaminó al lugar en que ántes estuvo la ciudad de Santa Cruz, pues entraba como objetivo principal en su plan de operaciones reconstruir esta población.

En los primeros días de enero llegaba a este primer punto de su itinerario. No le pareció bien socorrido i resguardado el sitio en que estuvo la ciudad i se decidió por otro mejor, en la márjen izquierda del Biobío i frente a la desembocadura del Laja, para fundar un fuerte que denominó de «Nuestra Señora de Halle», en recuerdo de una imájen de María que se veneraba como milagrosa en una iglesia de la ciudad de Halle o Hal, en la provincia de Bravante.

Cuando aun no se concluían los trabajos de fortificación, salió para el fuerte de Santa Fé con Pedro Cortes Monroi, elevado ahora al rango de maestro de campo, como distincion i justicia a los méritos del militar que había servido a todos los go-

(1) GONZÁLEZ DE NÁJERA, *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, páj 182.

bernadores, desde García de Mendoza, i desenvainado su espada en cien combates por lo ménos. Navalvuri le armó una emboscada: persiguiendo Ribera a unos indios que habian arrebatado unas cargas i algun ganado, fué a estrellarse repentinamente con una junta crecidísima de araucanos. Aunque habia previsto esta sorpresa i dado las órdenes del caso, la avanzada se comprometió con toda imprudencia lanzándose a la carga; tuvo que entrar a socorrerla el gobernador, i despues de chocar con la caballería indijena, se vió precisado a retirarse con sus sesenta hombres; le ocasionó este choque la pérdida de un capitán i varios heridos.

Libre el camino de enemigos con la persecucion, Rivera, despues de haber reforzado su columna, pudo llegar hasta Santa Fé. De aquí se corrió al sureste a la cabeza de cuatrocientos hombres i dirijiéndose por la zona de Renaico, llegó hasta Molchen o Mulchen, sin dejar nada en pié a su paso, sembrados, habitaciones i ganados. Condenaba a muerte a cuanto indio caía en sus manos. Cuando hubo aterrorizado a las tribus de estas comarcas, volvió hácia las márgenes del rio Vergara, donde hizo a los indios la misma guerra implacable i de esterminio, tomándoles ademas no escaso número de prisioneros, «muchachos e indias» en su mayor parte (1).

Con estos hechos de armas pensaba dar por terminada la campaña del año. Ni sus dotes militares, ni sus cualidades de organizador habian sido suficientes para dominar la tenacidad de los araucanos ni para estirpar la indisciplina del ejército. La desercion habia tomado proporciones alarmantes, sobre todo entre los soldados procedentes del Perú. Primero fueron individuales i despues colectivas. Entre las últimas debe citarse la del alférez Simon Quinteros, español, que, en compañía de once soldados venidos en el postrer refuerzo del Perú, intentó fugarse temerariamente por la cordillera de los Andes. Sorprendido ántes de poner en práctica su determinacion, el sarjento mayor González de Nájera lo hizo ahorcar. No trascurrían muchos días cuando se denunciaba al gobernador otra fuga mas importante: el capitán Juan de Reinoso, el alférez Montalvo i don

(1) *Documentos inéditos*, volumen XXIV, páj. 299.

Juan de Vivas de las Cuevas fraguaban un complot para fugarse con varios soldados; bien que tomando precauciones para impedir esta desercion, Ribera tuvo que disimularse por la talidad de los complotados. No por eso cesaron las deserciones de individuos de tropa principalmente, que pagaban con la vida cuando se les sorprendia.

Ribera concretó su atencion por este tiempo a la pacificacion definitiva de la rejion del norte del Biobio. Ofreció garantías a los indios que habian abandonado sus chozas para que se sometieran como ántes a sus encomenderos; favoreció el establecimiento de estancias, que, atrayendo mayor poblacion, contribuian al incremento de la ganadería i de los sembrados. En las cercanías de Yumbel formó la que se conoció con el nombre de "estancia del rei", donde se criaban animales i se cosechaban los granos necesarios a la subsistencia del ejército.

A principios de marzo de 1603 habia llegado el gobernador a Concepcion, ostensiblemente para ocuparse en los negocios administrativos i recibir un buque con provisiones salido de Valparaiso, pero en realidad para contraer matrimonio con doña Ines de Córdoba i Aguilera.

Era esta dama hija de la célebre doña Ines de Aguilera i del capitán don Pedro Fernández de Córdoba, rico encomendero de Imperial. El alzamiento de los indios habia privado de sus bienes a esta familia, disminuida en varios de sus miembros por las bajas de la guerra araucana. Las prendas de belleza de doña Ines interesaron a Ribera hasta hacerlo concebir el proyecto de tomarla por esposa, aunque tuviera que arrostrar los peligros consiguientes a tal resolucion.

Estaba prohibido a los gobernadores por reales cédulas vijentes casarse en el territorio de su jurisdiccion. Solo se permitian estos matrimonios por licencia excepcional del monarca, que Ribera habia solicitado con anticipacion. Sin que ésta le llegara i arrastrado por la impetuosidad de su carácter, el 10 de marzo celebró su casamiento en Concepcion, con el sijilo que el caso requeria. Bendijo esta union clandestina el obispo de la Imperial, frai Rejinaldo de Lizarraga. Al mes siguiente, Ribera escribió al rei Felipe III para cohonestar su trasgresion a las severas prohibiciones sobre el particular.

Cuando comenzaron las lluvias invernales, el gobernador se trasladó a Santiago. Suscitáronle en esta ciudad en este año i los siguientes, gravísimas dificultades para su administracion civil, su jenio arrebatado, voluntarioso i propenso a las contiendas, los resentimientos que habia orijinado la reforma del ejército, su mal tratamiento a los oficiales i soldados, las derramas o contribuciones forzosas i la incorreccion de los fondos que producía la venta de indios tomados en la guerra, i su amor a las fiestas de todo brillo i ostentacion.

Sus émulos i enemigos escribian al rei sobre todo esto comunicaciones tal vez exajeradas.

Una de las querellas mas ruidosas en que se vió envuelto fué la que tuvo con la familia Lisperguer. Provino esta enemistad de una prision impuesta al capitan don Juan Rodulfo Lisperguer i de su fuga al otro lado de la cordillera. Poco despues Ribera ordenó la prision de las hermanas de este militar, doña María i doña Catalina, a quienes, aunque de las primeras familias de la colonia, la opinion pública señalaba como de pésimos antecedentes i autoras de homicidios. La creencia popular les atribuía relaciones con los duendes i pacto con el diablo (1).

Supónese que algun motivo íntimo de enojo existía de parte de doña Maria, soltera, contra el gobernador, desde que éste contrajo matrimonio; se contaba sí que las dos intentaron envenenarlo por intermedio de un indio que puso yerbas nocivas en la tinaja del agua para beber.

Cuando supieron que iban a ser aprisionadas, se refujaron precipitadamente en el convento de Santo Domingo, doña Maria, i en el de San Agustin, doña Catalina. Los frailes las ocultaron en sus mismas celdas. Ribera mandó allanar estos conventos i el de la Merced, donde se asiló mas tarde una de las perseguidas, pero toda pesquisa resultó inútil. Las hermanas Lisperguer pasaban como benefactoras de estas órdenes i por eso se las ocultaba con tanto cuidado. Quedó, pues, burlada de esta manera la autoridad del altivo gobernador (2).

(1) VICUÑA MACKENNA.—*Los Lisperguer i la Quintrala*.

(2) *Seis años de la Historia de Chile*.—BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, capítulo 20.

El obispo de la diócesis de Santiago, frai Juan Pérez de Espinosa, llegó a Chile al concluir el año 1601. Las costumbres del clero se hallaban relajadas hasta lo inverosímil; el prelado quiso poner al principio mano firme sobre él; mas, poco a poco fué dejando que las cosas tomaran su antiguo curso. Intervino entónces el gobernador para reprimir los escándalos, por lo cual ámbos funcionarios entraron en una série de competencias i discordias escandalosas. A tanto subió el encono i falta de recíproco respeto, que en una procesion iba conversando Ribera con los que lo rodeaban. Incómodo con la irreverencia, Pérez de Espinosa protesta de la conducta del gobernador, el cual esclama a su vez: " ¡Voto a Dios! que es buena tierra la de Francia, que a estos tales les dan con el pié."

Otra ocasion él en persona salió a buscar a un clérigo de órdenes menores llamado Pedro de Leiva, que habia herido en el rostro con un candelero al jefe de los alguaciles o barrachel. Hacíase mas agravante el delito del ofensor con la circunstancia de que el segundo era un marido burlado. Preso por Ribera, lo hizo atar en un caballo i pasear por las calles de Santiago miéntras el verdugo pregonaba su falta i le aplicaba azotes en las espaldas desnudas; al castigo siguió el arresto. Ante tal escarnio a una persona que el obispo reputa sagrada, pone la ciudad en entredicho, o lo que es lo mismo, suspende los oficios del culto. Ribera no cede; el vecindario se consterna i los jesuitas intervienen para que se ponga en libertad al reo, a lo que al fin accede la autoridad civil por tratarse de los deberes relijiosos e imprescindibles del vecindario.

No contento el prelado con esto, escomulgó al gobernador para obligarlo a pedir perdon, deseos que, con gran disgusto, no vió satisfechos, porque su rival salió para el sur a continuar sus campañas contra los araucanos.

Estas disputas i competencias no lo hacian olvidar las primordiales atenciones de la guerra: en el invierno de 1603 siguió reuniendo elementos para la tropa, como víveres i vestuario; impuso a los vecinos de Santiago otras "derramas" de dinero, armas i caballos, i los compelió a que prestaran sus servicios en el ejército. Despachó tambien para Lima a Pedro Cortes, a fin de que conferenciase con el virrei acerca de los negocios de

Chile i le pidiese la fuerza i los recursos indispensables para terminar la pacificacion de Arauco.

En el mes de octubre partió para Concepcion; hizo aquí los aprestos para abrir la campaña. El 21 de noviembre movilizó su ejército en direccion al sur; cruzó el Biobio cerca de su desembocadura i estableció un fuerte en su ribera austral, a la base de unas alturas que se levantan en este punto, que llamó "San Pedro de la Paz". Remontó en seguida la cordillera de la costa i llevó el esterminio de hombres i de cosas a las tribus de las faldas occidentales de Andalican i Colcura. Baja nuevamente hácia el Biobio, recorre su márjen izquierda i tala, sin dejar una en pié, todas las siembras de los indios, que eran de cebada i trigo únicamente i no de maíz, porque habian elegido los cereales que se cosechan primero.

Las tribus de Talcamávida habian pedido la paz. El hermano del gobernador, don Jorje Ribera, fué a relevar a los fuertes de Yumbel i Buena Esperanza al capitan don Alvaro Núñez de Pineda, quien pasó a incorporarse al ejército expedicionario con su compañía i cien indios amigos. Atravesó esta comarca en actitud de abierta hostilidad: quemó chozas, mató algunos indios i cautivó noventa mujeres i niños. Al solicitar la paz, el gobernador les impuso la condicion de vivir mas al norte i les prometió subvenir al sustento de sus familias. Despues de vacilar i de conferenciar algunos días entre ellos, aceptaron i se fueron a residir al lugar que se les señaló, donde recibieron regalos i a sus mujeres. Tan pronto como consiguieron este objeto, corrieron a sus reducciones a tomar las armas.

No volvió a castigar esta felonía, tan propia del araucano, sino que continuó por la orilla del Biobio. El 24 de diciembre llegó al paraje de pintoresca vista en que este rio recibe las aguas del Vergara. Levantó aquí, sobre una meseta que domina la llanura del este, una fortaleza a que dió el nombre de Nacimiento, por el dia de su arribo a este lugar.

La llegada a Concepcion del refuerzo que traía del Perú Pedro Cortes, lo obligó a regresar a esta ciudad. Componíase este continjente de trescientos setenta i un hombres que formaban cinco compañías de infantería. Ribera esperaba muchos mas, pero a falta de jente le llegaban buenas noticias. El rei conven-

cido de que eran exiguas las fuerzas que sujetaban a su dominio el territorio de Arauco, había resuelto aumentarlas permanentemente a mil quinientos hombres i elevar a ciento veinte mil ducados la renta anual para el ejército; autorizaba asimismo al virrei del Perú para que formara el rol de sueldos de su personal. Establecido segun las ideas de Ribera, se mandó publicar por bando.

Las fuerzas de su mando ascendieron con este refuerzo a quinientos ochenta hombres. Dejó la guarnicion necesaria en los fuertes del norte i penetró al interior. Una division de caballería emprendió una batida contra los indios de Angol i Mulchen, i él se avalanzó al sur de Nacimiento contra todas las tribus de los llanos i de las montañas, a las cuales empujó hasta las ciénagas de Puren i Lumaco. Hasta estas mismas guaridas las persiguió; haciendo cubrir con ramas i árboles los pantanos, avanzó con sus infantes hasta los escondrijos mas ocultos i desalojó de ellos a los indios. Así llegó hasta la isla de Paillamacho, donde estaba la residencia de Anganamon; la casa de este cacique i seiscientas mas de las ciénagas, se redujeron a cenizas.

En este avance vigoroso i sin cuartel, servíale en particular con su esperiencia el coronel i maestre de campo Pedro Cortes. Entre los dos rescataron veinticuatro españoles, hombres i mujeres, que habian caído prisioneros en Imperial, Valdivia i Villarrica.

Miéntas obtenia por este lado tales ventajas, a su espalda se verificaba un suceso inesperado i desalentador: las indiadas de la costa pasaron en los primeros días de marzo el Biobio sin ser notados i se lanzaron rápida i sorpresivamente sobre las estancias españolas de Hualqui i Talcahuano. Causaron los estragos de costumbre i despues de ultimar a los españoles e indios amigos que hallaron a su paso i de cautivar a otros, se retiraron a sus parcialidades cargados de abundante botín.

Volvió con este motivo el gobernador a la zona norte de la costa i emprendió una guerra desoladora contra las reducciones de Catirai i Mareguano, que no lo esperaban por cierto para presentarle una resistencia formal, sino que huian a su aproximacion.

Estas fugas en masa, las emboscadas i la dispersion por grupos a sus distintos lugares de residencia despues de una derrota, constituian los rasgos distintivos de la táctica araucana.

Bien que mui entrada la estacion de las lluvias, Ribera, encarnizado en la persecucion, siguió la marcha para la plaza de Arauco, en cuyos alrededores continuó el arrasamiento de habitaciones i sembrados, ya que no pudo tener a su alcance a los indios.

Los bárbaros finjieron la paz i entraron en tratos con el gobernador; no pretendian otro fin que ganar tiempo; pues no estaban ni estarian jamas resueltos a someterse de buena fé a los españoles, lo que equivaldria a perder su libertad i quedar en la esclavitud i espuestos a los ataques de las tribus no sometidas.

Así las cosas, Ribera regresó a Concepcion con ochenta hombres, sin preocuparse de los peligros de la vuelta con tan escasa escolta, i dejó en Arauco al maestro de campo Pedro Cortes i al sarjento mayor González de Nájera al cargo de quinientos soldados.

Cortes, el azote incansable de los araucanos, que los habia combatido desde la edad de dieziocho años, no podia permanecer inactivo. Pagó espías de los mismos indios para estar al corriente de sus movimientos. Por este medio supo en dos ocasiones de otras tantas juntas jenerales que desbarató en récias batallas. Aun cuando el invierno le dificultaba sus escursiones, repetia con frecuencia las salidas del fuerte i las sorpresas para proveerse de animales i granos a costa del enemigo. Sin descanso trabajó por aumentar sesenta caballos que le habia dejado el gobernador, arrebatándoles otros a los indios, o bien comprándoselos, de manera que «cuando el dicho gobernador entró en el dicho estado de Arauco, el dicho coronel estaba encabalgado i puesto con mas de quinientos caballos mui buenos» (1).

En sus campeadas se alejó hasta Tucapel. Así asediados, este aillarehue i el de Arauco solicitaron de Cortes la paz o la suspension de las hostilidades.

Las ciudades australes entretanto se hallaban en los mayores

(1) *Documentos inéditos* del señor Medina, tomo XXIV, páj. 189. Informacion de servicios de Cortes en 1605.

apuros. En junio de 1602, Ribera había despachado una escasa partida de tropas, de pertrechos i efectos en una embarcacion, que, arrojada por los vientos tempestuosos del norte sobre las rocas de una isla, zozobró totalmente. En el naufragio perecieron ademas, dieziseis hombres, el maestre, el piloto i los capitanes Mejía i Rosa; los que no murieron en este hundimiento, llegaron a Castro.

Este pequeño refuerzo había mejorado en mucho la terrible necesidad que aflijia a los habitantes de esas poblaciones. Los indios victoriosos de Imperial i Villarrica asediaban con frecuencia el fuerte de Valdivia, i su guarnicion tuvo que resistir varias veces porfiados combates. Como hasta la mitad del año 1602, se sostuvieron con resolucion las fatigas i peripecias de la guerra; pero, concluidas las provisiones, el hambre comenzó a hacer los estragos mas horrendos. Como en Villarrica, algunos preferian irse a los indios i experimentar las penalidades del cautiverio ántes de perecer de inanicion dentro de las fortificaciones, bien que el jefe de la plaza, capitan Gaspar de Viera, castigaba inflexiblemente con la pena capital a quien quiera que sorprendiese con intento de fugarse, hombre o mujer. De este modo la guarnicion, que al principio constaba de doscientos veinte hombres, en el mes de enero de 1603 se hallaba casi estinguida, en treinta i seis individuos de armas, catorce mujeres i dos indios de servicio. Víctimas del hambre, habían sucumbido sesenta soldados i muchas personas de las que se albergaban en el fuerte.

Por un corto tiempo se mejoró un tanto esta situacion dolorosa. El 23 de enero de 1603 arribó a Valdivia un buque con pertrechos i víveres que enviaba desde Concepcion el gobernador. Por su orden había tomado el mando de la fuerza el capitan Gaspar Doncel, militar de las guerras de Flándes, que a su preparacion e intelijencia unia un carácter alentado i tenaz en sus resoluciones. Mas, las ventajosas cualidades de un jefe no bastaban para evitar un desastre. Siguió, pues, Doncel resistiendo a los indios i debelando con toda enerjía las conspiraciones de sus propios soldados, que en los extremos de la desesperacion habían perdido la disciplina.

Por suerte, Ribera recibió informes de cuanto sucedia en las

plazas australes i resolvió evacuarlas para concretarse solamente a la defensa de la línea de frontera. Despachó una embarcación con esta orden; el 13 de febrero de 1604 entraba al puerto. No quedaban en el fuerte sino cuarenta personas, las cuales, con sus bagajes i armas, se dirijieron en el mismo buque hácia Carlemapu.

Debían comunicar su arribo a los habitantes i soldados de Osorno para que a su turno abandonaran sus últimos reductos i casas. Pero, la imposibilidad absoluta en que éstos se encontraban de seguir resistiendo, los había forzado a retirarse también a Chiloé.

El hambre i la sed habían ocasionado tantas bajas como en las demas poblaciones arrasadas por los araucanos. Para poder prolongar la vida, la guarnición tenía que salir fuera de sus fortificaciones a tomar a viva fuerza algunos alimentos. En una de estas arrancadas de la necesidad, mas que combates ordenados, murieron dieciseis soldados. Con este infortunio, los cuatrocientos hombres de que constaba la division del coronel del Campo, quedaba reducida a ochenta.

Ante la expectativa de un combate en tales condiciones, que habría sido el último golpe al estenuado cuerpo de españoles, resolvió retirarse al sur el capitán Francisco Hernández Ortiz. Se destruyó u ocultó lo que no podía llevarse.

El 15 de marzo de 1603 se emprendió la retirada, la cual se hizo en buen orden, aunque iba quedando por el camino un reguero de cadáveres i de objetos. Como las aves de rapiña sobre su presa, cayeron los indios sobre las habitaciones i cuarteles abandonados, que saquearon i destruyeron primero para entregarse en seguida a la borrachera de la victoria.

Este último hecho salvó a los fujitivos de una catástrofe completa. Mui pocos tenían caballos; casi todos los hombres, las mujeres i los niños caminaban a pié. Las madres desfallecidas abandonaban a sus hijos, despues de haber ido botando sus joyas i sus trajes de gala. Individuos hubo que caminaban con tres niños a cuestras, descalzos i fatigados. Así las jornadas no podían ser mui largas, apénas de un cuarto de legua al día. Las monjas de Santa Isabel, que tenían su convento en Osorno, iban también entre los fujitivos, «rezando sus horas por el ca-

mino i cantando sus alabanzas a Dios, causando a todos ánimo i devocion el verlas.» Por fin, la columna llegó a Careimapu, despues de haber dejado veinticuatro muertos en su penoso trayecto (1).

Se establecieron en un lugar llamado Huanauca, donde levantaron un fuerte. No pareciéndole seguro el sitio a Hernández Ortiz, se resolvió trasladarse a la isla de Calbuco en union de los emigrados de Valdivia. Construyeron aquí sus habitaciones i las obras de defensa mas necesarias.

Trasladáronse las monjas de Santa Isabel a la ciudad de Castro i posteriormente a Santiago, donde se instalaron bajo la advocacion de Santa Clara, con toda la proteccion que les otorgaron el vecindario i el rei Felipe III.

Ribera estaba convencido de que, a pesar de estos desastres, su plan de pacificacion produciria dentro de poco sus efectos benéficos. Con esta conviccion se dirijió a Santiago en junio de 1604, a esperar, entre otros asuntos, la resolucion del rei acerca de la guerra de Chile.

El monarca habia creado dentro del Consejo de Indias una junta militar encargada de inforinar sobre los negocios concernientes al ramo. Ante esta comision presentaron sus memoriales los enviados del gobernador, su secretario Erazo i el padre Bascones. La junta despachó un largo informe en que, a la par de hacer justicia a los méritos militares de Ribera, opinaba que se le debia sacar del gobierno de Chile i reemplazar por don Alonso de Sotomayor. Concluía ese dictámen indicando las medidas a propósito para dominar la rebelion de los araucanos. Al peso de este parecer se agregaron algunos meses mas tarde las acusaciones que en contra del gobernador llegaron a la corte, las noticias acerca de las ciudades perdidas i la crítica de su plan defensivo. Aunque el rei se hallaba perfectamente impuesto de las incidencias de la guerra por las cartas de Ribera i aunque reconocia su intelijencia i versacion en los negocios militares, el 9 de enero de 1604 nombró gobernador i capitán jeneral a don Alonso de Sotomayor i maestro de campo a don Alonso Garcia Ramon.

(1) ROSALES, libro V, capítulo XXIV.

El gobernador recién nombrado, debería contar para su obra de pacificación con un cuerpo de ejército de mil hombres i con el aumento del situado a ciento cuarenta mil ducados.

Aun cuando Ribera supo el nombramiento de Sotomayor para que lo reemplazara, no quiso desistir de sus aprestos para la campaña del verano venidero. En julio había celebrado en Santiago una junta de oficiales i funcionarios civiles para acordar el plan de operaciones; en ella dominó el parecer de continuar la defensa de la línea del Biobio i de los términos de Concepcion i Chillan, es decir, el sistema defensivo del mismo gobernador.

En los últimos días de octubre partía para Concepcion, a donde llegaba al principiar el de noviembre. Bien pronto se encaminó hácia la plaza de Arauco, determinado a dilatar la línea de frontera en la rejion de la costa. Avanzó hasta el desembocadero del rio Lebu, i en el sitio en que existió la segunda ciudad de Cañete, levantó un fuerte que llamó "Santa María de Austria", por alusion al nombre de la reina de España. Estableciendo la base de sus operaciones en este punto, comenzó sus correrías acostumbradas hasta Tucapel, llevando el terror a las tribus por donde pasaba i la destruccion de cuanto les pertenecía.

Cuando estas ventajas hacian creer a Ribera que no distaba el día de la total pacificación, los indios del norte acometian, en el mes de enero de 1605, una empresa audaz que era una amenaza para el celebrado plan estratégico: los coyunches, los de Angol i Mulchen, cruzaron el Biobio i fueron a dar un golpe de mano al fuerte de Yumbel. Sorprendida la guarnicion fuera de sus parapetos, veintiocho soldados quedaron muertos en el lugar del combate i tres como prisioneros. Los demas emprendieron la retirada en pésimas condiciones; el refuerzo que salió en su proteccion no pudo dar alcance a los pelotones de indíjenas que se retiraban.

Para conjurar el peligro que se presentaba por este lado i castigar la osadía de las indiadas invasoras, dispuso que saliera con toda rapidez hácia Yumbel su maestre de campo Pedro Cortes, quien, sacando alguna jente de los fuertes de la orilla del Biobio, atravesó este rio i llegó a su destino.

El promotor de este hecho de armas fué el cacique Navalvuri, el cual, a la aproximacion del coronel huyó a los términos de Chillan, siempre en actitud hostil. Cortes despejó de enemigos los contornos del fuerte i emprendió acto continuo la persecucion del caudillo araucano. Esquivó éste todo encuentro, sin desmayar en sus propósitos de atizar la revuelta entre sus compañeros i combatir a los españoles del norte de la línea fronteriza. El advertido i malicioso veterano, que no perdía de vista al cacique, supo una vez que iba a celebrar una fiesta, en que, como es de uso, todos los concurrentes se embriagarian. Sijilosamente "dió en la borrachera i la desbarató i mató sesenta indios de los mas belicosos que andaban en compañía del dicho Navalvuri, el cual se escapó de este golpe, aunque no lo pudieron hacer sus caciques principales, i entre ellos el gobernador de la cordillera de Angol, a quien el dicho Navalvuri estaba sujeto, todos los cuales fueron degollados" (1).

Por su parte el gobernador continuaba maniobrando contra las tribus de la costa, con las ventajas que le daban el número de sus tropas, su organizacion i recursos. Algunos caciques se sometieron, sumision que lo hizo pensar en adelantar la línea de frontera por este lado con la construccion de un fuerte en Paicaví i por el valle central con la de otro en las cercanías de donde estuvo la ciudad de Angol.

En el primero de estos lugares se hallaba Ribera ocupado en fortificar el recinto del cuartel, cuando llegó a Concepcion el 19 de marzo de 1605 don Alonso Garcia Ramon, que venia a sucederle en el mando, nombrado para este cargo por el virrei del Perú. A principios del mes siguiente se trasladaba el último a Paicaví i se recibia de la direccion suprema del pais. Habia hecho este nombramiento el virrei en virtud de la negativa de don Alonso de Sotomayor para aceptar la gobernacion de Chile.

Volvieron a encontrarse cara a cara los dos rivales de 1601, aunque ahora cambiados los papeles de uno i otro. Podia haberse vengado Garcia Ramon, como era corriente entre aquellos hombres de pasiones tan fuertes; pero traia el nuevo man-

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, páj. 186.

datario instrucciones de su jefe jerárquico del Perú para guardar sus fueros a su antecesor.

Trasladóse éste a Santiago i de aquí a Colina, un poco al norte, adonde fué a buscar una residencia tranquila, léjos de la mirada de sus enemigos, i a preparar los descargos de los capítulos que habrían de formularse contra su conducta en el respectivo juicio de residencia. Cuando estuviera espedito el tránsito por la cordillera, debía partir a tomar el mando de la provincia de Tucuman. Escribió al rei para justificarse anticipadamente i dejar constancia de sus servicios i de los adelantos que en el órden militar habia implantado durante su gobierno. Cuando no terminaba el mes de octubre de 1605, se encaminó a Tucuman por la via de la cordillera, en union de su esposa, de su servidumbre, nueve soldados i once oficiales i allegados (1).

Su ausencia del pais no calmó los odios ni detuvo las acusaciones de sus enemigos. Cinco años habian trascurrido, cuando el doctor Luis Merlo de la Fuente comenzó, en marzo de 1610, a procesarlo. Los testigos apasionados o parciales concurrieron a porfía a declarar contra el ex-gobernador.

Acusáronlo de tahir, irreligioso, de tener un carácter altanero i despótico, orijen de muchos atropellos i atentados; de estar comprometido en peculados; de haber traído cinco criados estranjeros, flamencos i franceses, de "provincias sospechosas"; de violador de correspondencia i parcial con sus allegados, i hasta de ineptitud para dirigir la guerra.

En el cargo de violacion de cartas para el rei, figuraba el de haber hecho arrebatarse en el camino para Valparaíso varias comunicaciones que llevaba para España un hermitaño que residía en Chile desde 1600 dedicado a obras de caridad, particularmente a cuidar enfermos del hospital. Llamaba el pueblo a este misterioso personaje indistintamente con los nombres de "gran pecador", "el hermitaño" o el "hermano Bernardo". Gozaba de bastante influencia, no era extraño a la cosa pública i habia emprendido varios viajes a la Península, donde tenia fácil acceso a la morada del monarca. No por haber sido víctima

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, páj. 438.

del anterior vejámen, se detuvo en su viaje; llegó a España i fué uno de los acusadores de Ribera (1).

Por cierto que la sentencia en el juicio de residencia condenó a Ribera; éste a su vez acusó al juez, obtuvo que el Consejo de Indias revisara el proceso i que se le declarase poco despues libre de toda responsabilidad.

En tanto que el esclarecido capitán se retiraba del país en que tan eminentes servicios había prestado al rei, García Ramon se ocupaba en celebrar parlamentos o reuniones de paz con los indios, según instrucciones que para ello traía del virrei del Perú don Gaspar de Acevedo i Zúñiga, conde de Montreir. Habíase convencido este majistrado que la resistencia tenaz de los araucanos dependía de las crueldades a que los sometían los encomenderos. Creyó que era indispensable abolir el servicio personal de los indíjenas i reemplazar la guerra por la conversion evanjélica, obra que deberían realizar las misiones. Habían formado entusiasta opinion a esta idea don Luis de la Torre, protector de los indios de Chile, i el padre jesuita Luis de Valdivia, que había vivido en este país como diez años, recorrido su territorio i estudiado la lengua i las costumbres aboríjenes.

Acevedo i Zúñiga convocó en Linia una junta de letrados i teólogos para proponerles la resolucion de este negocio. Todos los miembros de esta asamblea consultiva estuvieron por la supresion inmediata del servicio personal.

En compañía del padre Valdivia se trasladó, pues, a Chile García Ramon a poner en práctica este nuevo sistema de reduccion. Por lo que pudiera suceder pidió i obtuvo un refuerzo de tropas que ascendió a ciento treinta hombres; se agregaron a esta columna algunos militares veteranos que esperaban obtener algunas ventajas de este cambio de cosas. El 1.º de febrero de 1605 el convoi que conducía a los espedicionarios hizo rumbo al sur i llegó a Concepcion, como se ha visto, el 19 de marzo.

Celebróse el primer parlamento con los indios de los alrededores de esta ciudad al día siguiente, a continuacion de un

(1) ERRÁZURIZ, *Seis años de la Historia de Chile*, tomo II, páj. 332,

bando en que se promulgaba la abolición del servicio personal. Concurrieron los caciques con muchos de los indios de su dependencia. El gobernador les notificó por medio de un intérprete el nuevo orden de sometimiento que iba a implantarse, exento de violencias i ventajoso para ellos. El padre Valdivia habia escrito en araucano las provisiones del virrei, en las cuales éste los declaraba libres del servicio personal, que reemplazaba por un impuesto en dinero o especies. Leyó esta pieza a los asistentes, quienes, representados por un cacique, prometieron mantenerse en completa quietud i paz i pidieron aplazar el pago del tributo para cuando la tierra se hubiese pacificado del todo. Parece que García Ramon aceptó esta hábil salida, porque los despidió en términos lisonjeros, eso sí que conminándolos con amenazas terribles para el caso que faltasen a lo pactado.

Acompañado del padre Valdivia emprendió la marcha a Paicaví, i despues de haberse recibido del mando, convocó el 24 de abril de 1605 a los caciques de las tribus cercanas a un segundo parlamento, en el que se repitieron las mismas incidencias del anterior. Volvió en seguida a los fuertes de Lebu, Arauco i las dos riberas del Biobio, i en todos ellos fué repitiendo juntas iguales con los indios i recibiendo las seguridades que le daban de someterse a este cambio de vasallaje.

No se durmió el gobernador con estas promesas; tomó todas las medidas mas prudentes para estar precavido contra un golpe repentino. El coronel Pedro Cortes se hizo cargo de la direccion de las fuerzas de la costa i el capitan don Alvaro Núñez de Pineda de las distribuidas en los fuertes del Biobio i del valle central.

El padre Valdivia creia que su obra comenzaba a producir espléndidos resultados; mas, este mismo iluso propagandista iba a ser la primera víctima de la barbárie de los araucanos, que no comprendian ni aceptaban las abstrusas doctrinas de la religion. El padre solia separarse demasiado a los campos. Una vez sabían los indios que haria una de estas escursiones con un jóven de apellido Ortiz de Atenas; por suerte, no pudo salir aquél i tuvo que emprender éste solo el viaje. En el camino lo tomaron los indios i lo hicieron morir cortándole las carnes a pedazos, que, al decir de un cronista, se comían en seguida, jé-

nero de suplicio que estaba por cierto reservado al principal defensor de la reduccion pacífica i persuasiva (1).

Este incidente i la esperiencia de los capitanes acostumbrados a tratar a los indios, comenzaban a desengañar al gobernador i a persuadirlo que no habia otro medio de someterlos que el de las armas. Así lo escribia tambien al rei.

En consecuencia, se preparó para principir las hostilidades en la próxima primavera. Quiso que concurrieran a esta campaña los antiguos vecinos de las poblaciones destruidas, i desde Arauco los citó a todos por bando para que en octubre se reuniesen en Concepcion. Con la determinacion de activar sus aprestos i hacerse reconocer, se trasladó a Santiago, ciudad a que entraba el 14 de julio con la solemnidad i ceremonial usados en la recepcion de los gobernadores, es decir, arcos, paseo en caballo enjaezado, juramento bajo dosel, fiestas religiosas i profanas.

Un refuerzo que llegaba de España, el mas numeroso de cuantos habian arribado a Chile, venia mui oportunamente a servir a la mejor ejecucion del plan de operaciones del gobernador. Felipe III ordenó que en la Peninsula i en Méjico se organizara una division auxiliar del ejército de Arauco. De este último país llegaron ciento cincuenta i cuatro hombres. Los de España se juntaron en Lisboa, en número de mil catorce i con las dificultades inherentes a los casos en que se trataba de enganches para Chile. Con las dilaciones i peripecias propias de estos largos viajes en aquellos tiempos, la division llegaba a Santiago por la via de la cordillera el 6 de noviembre de 1605, bajo las órdenes del capitan don Antonio de Mosquera i reducida a a novecientos cincuenta i dos hombres.

Se aumentaria por otra parte el situado, de ciento cuarenta mil ducados a doscientos doce mil. El rei creia que bastaba la primera cantidad para el pago del ejército de Chile, i en esta persuacion llegó hasta prohibir a los gobernadores que impusiesen "derramas" o contribuciones extraordinarias de dinero o especies, como asimismo que exigieran servicios gratuitos a los habitantes de orijen español. El gobernador, el virrei del Perú,

(1) ROSALES, *Historia jeneral*, libro V, cap. XXIII.

los oficiales reales i el cabildo de Santiago, representado en la corte por "el gran pecador" que habia vuelto a Chile con Mosquera, no cesaron de hacer presente al monarca la exigüedad de la primera suma. Aunque la monarquía atravesaba por una situación financiera desastrosa, Felipe III, halagado con la esperanza de convertir a Chile en un país rico i próspero que lo resarciera de los gastos, decretó el aumento al terminar el año 1606.

Desde noviembre de 1605 principió García Ramon a mover su ejército por escalones hácia el sur, i él mismo partió en diciembre, contento porque llevaba su nombramiento en propiedad espedido por el rei i halagado con el éxito que habrían de darle los elementos i fuerzas considerables de que disponía. Entre el bagaje que se conducía a Concepcion, se contaba una buena cantidad de cadenas que se destinaban a los indios prisioneros.

El 23 de diciembre estuvo en esta ciudad i el 7 de enero de 1606 emprendía la marcha al territorio enemigo para ir a acampar cerca del fuerte de "Nuestra Señora de Halle". Ahí se reunió el grueso del ejército, con sus militares mas aguerridos, como Cortes, González de Nájera, Núñez de Pineda i otros. El gobernador celebró una junta con los oficiales de mas graduacion para acordar definitivamente el plan estratéjico. Se convino en fundar una poblacion a orillas del Biobio i a inmediaciones del fuerte con el nombre de Monterrei, en homenaje al conde virrei del Perú; Núñez de Pineda sería su jefe, con ciento ochenta hombres. El ejército se fraccionaria en dos divisiones: una de quinientos soldados, bajo el mando superior de Cortes i de González de Nájera como maestre de campo, maniobraría en la costa i trasmontaría la sierra por Puren; otra de setecientos hombres, dirigida por García Ramon en persona i por el maestre de campo don Diego Bravo de Saravia, bajaría por el valle central.

El gobernador no halló resistencia en su camino, pues los indios abandonaban sus habitaciones para esconderse en parajes inaccesibles o para trasladarse a otras tribus lejanas. Esta inveterada costumbre de los araucanos, que por centécima vez burlaba los planes de los jenerales españoles i hacia inútiles sus

aparatosas maniobras, revelaba que no se sometían. Un incidente lo demostró mas a las claras todavía: ciento cincuenta indios amigos, recién sometidos, desertaron de las filas españolas i fueron a incitar a sus compañeros a la resistencia i a dar muerte al famoso cacique Navalvuri, que desde algun tiempo atras andaba en trato con los castellanos para someterse. Tuvo, pues, la division que concretarse a la estéril tarea de ir asolando las tierras de los indios hasta llegar a Puren.

Mas resistencia opusieron los araucanos de la costa. Fueron incomodando a la division de Cortes en todo su trayecto, ya armándole celadas, ya lanzándole flechazos durante la noche cuando pernoctaba en algun sitio que se prestara a ello, ya picándole la retaguardia en alguna quebrada áspera i boscosa. El viejo coronel sabia defenderse i aun tomó en una ocasion la ofensiva armándoles a su turno una emboscada en que perecieron mas de treinta. En el valle de Ilicura, al sudeste de la laguna de Lanahue, le tenían preparada una sorpresa los belicosos serranos de esos contornós; descubrióla Cortes i la desbarató haciendo algunas bajas. Pudo así abrirse paso i llegar a Puren a reunirse con el gobernador. En los primeros dias de febrero el ejército se habia reconcentrado en este lugar (1).

Los indios de esta comarca buscaron refugio, como de ordinario, en las ciénagas e islas del rio. Era preciso perseguirlos hasta allí, tanto para escarmentarlos como para quitarles los cautivos. Por distintas direcciones los estrechó García Ramon, pero sin conseguir encerrarlos porque huyeron llevándose los prisioneros; los perseguidores no pudieron descargar su furia sino en las chozas i sembrados de los que huían.

Dispuso el gobernador, concluido este ataque, la contramarcha de Cortes a la rejion del mar para que concluyera de pacificarla i él continuó al sur hasta llegar al rio Cautín.

Los indígenas de una i otra ribera se hallaban dispuestos a mantener su independendencia a toda costa. El gobernador abrió contra ellos una campaña de correrías i escaramuzas, en que de

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, pág. 300.—ROSALES, *Historia jeneral*, libro V, cap. XXXIV i XXXV.

una i otra parte se pusieron en juego las emboscadas i sorpresas que caracterizaban la táctica de esta guerra. En una de las campearas pereció el primer cabecilla de los araucanos, el cacique Huenchupal; con todo eso, los rebeldes no se desalentaron. El amor al suelo i las tradiciones de sus antepasados i el apego a sus cautivos, especialmente a las mujeres, obraban ahora como doble razon de su actitud resuelta.

García Ramon cruzó el Cautin i en su márgen izquierda, en la base norte de un cerro mediano, hacía las fuentes del riachuelo Paracahuin, comenzó a trabajar una fortificacion de grandes dimensiones, que seria el fundamento de una futura ciudad, i que llamó "San Ignacio de la Redencion," acaso a pedido de los padres jesuitas que lo acompañaban i en honor del fundador de la órden. Este cuartel serviría sobre todo de asilo a los cautivos que se escapasen del lado de sus poseedores o que fuesen rescatados.

De aquí partió el gobernador a las tribus de las cercanias con el pensamiento de librar del cautiverio a algunos españoles. Los indios comarcanos se congregaron en crecida cantidad i atacaron de noche el fuerte, no concluido aun. Su jefe, Diego Flores de Leon, les opuso una porfiada resistencia durante tres horas, i solo al amanecer pudo dispersarlos, sin haber conseguido impedir que los bárbaros arrebataran un abundante botin, entre el cual se contaban los ornamentos i vasos sagrados del padre Valdivia. Las cabezas de los indios muertos en el asalto, se colocaron en escarpías para escarmiento de los que seguian alzados.

García Ramon no cesaba de perseguir a los araucanos, de buscarlos en todas sus reducciones para esterminarlos, pero ellos esquivaban siempre un combate franco i se escondian en los bosques vecinos, los mas impenetrables de Arauco en la zona comprendida entre los rios Cautin i Tolten.

Como sobreviniera la estacion lluviosa, volvió al norte con su division por la orilla del rio Cholchol. Antes de partir aprovisionó perfectamente el fuerte i lo dotó con una guarnicion de doscientos ochenta hombres de los mejores, que puso bajo el mando del capitán don Juan Rodulfo Lisperguer.

A su paso por el río Colpi, que forma con el Lumaco el Cholchol, cayó en una emboscada tendida con habilidad por los indios, de la que no salió triunfante sin tener que lamentar la muerte de dos capitanes distinguidos.

La columna de Cortes no se daba descanso en su tarea de estrechar a los bárbaros i de sorprender a sus caciques principales desde un fuerte que habia hecho construir en Ilicura.

Las indiadas del norte entretanto no se manifestaban tranquilas. Núñez de Pineda que habia quedado a cargo del fuerte Monterrei, al recibir un escaso contingente de tropas enviadas de Méjico, emprendió en marzo de 1606 una escursion al antiguo asiento de Angol con las miras de reconstruir la ciudad, segun las instrucciones del gobernador. Armáronle una celada los indios, en la que vino a caer su retaguardia, compuesta de los soldados reclutas de Méjico; se desbandaron a las primeras arremetidas de los araucanos, que hicieron un copioso botin i mataron veinte españoles.

Despues de haber visitado los fuertes, Garcia Ramon llegó a Concepcion en la mitad del mes de mayo. Síntomas alarmantes habia visto en todas partes; a pesar de eso, imaginábase que la pacificacion iba perfectamente encaminada, i que no podía trascurrir mucho tiempo sin que fuera una realidad. Así se lo escribió al virrei del Perú i al mismo rei.

El padre Valdivia, no ménos obsecado, creia que la conversion habia hecho progresos innegables. En los días en que el gobernador llegaba a Concepcion, él partia para el Perú con los manuscritos de un vocabulario de la lengua indijena, la relacion de la campaña que terminaba i el propósito de propagar en este país i en seguida en España, adonde iria tambien, su sistema de reduccion pacífica.

De distinto modo del jesuita pensaba el pontífice del catolicismo, Paulo V. Desde tiempo atras se debatia entre los teólogos i letrados la cuestion de la guerra i esclavitud de los indios. Felipe III propuso al papa una resolucion sobre el particular. Declaró el jefe de la iglesia que era lícita la guerra contra los bárbaros i concedió muchas induljencias a los militares que la hacian, los cuales recibieron esta noticia con el

alborozo que es de suponer por espíritus tan exaltados por el sentimiento religioso (1).

Los indios sin sospechar siquiera tal resolución, se mantenían resueltos a no rendirse. Los de la costa volvieron a tomar las armas e inútiles fueron los esfuerzos de Cortes para limpiar la región de guerreros araucanos. Los de las tribus inmediatas al Cautín, eran todavía más activos para hacer fracasar el avance i dominio de los españoles. Durante todo el invierno de este año, 1606, no pensaron sino en desalojar del fuerte a la guarnición de San Ignacio de Boroa. Deslizándose por entre los bosques i quebradas, para sustraerse a la vista i atención de los del fuerte, se acercaron en setiembre a la plaza en pelotones numerosos, engrosados con otros que habían descendido de Puren i Tucapel, para verificar un ataque combinado. Mandábanlos un desertor de origen mestizo que se llamaba Juan Sánchez i los caciques Aillavilu i Paillamacu. El capitán Lisperguer a su turno hacía frecuentes correrías a los campos contiguos i hasta obtenía algunas ventajas.

Un día, el 29 de setiembre, salió del fuerte con un cuerpo de ciento cincuenta hombres a recojer un carbon que se había hecho a corta distancia. Los indios estaban al corriente de sus movimientos, tanto por los desertores que del real español se pasaban a sus filas, cuanto por su buen servicio de espionaje. Cuando menos lo esperaban los españoles se vieron acometidos i rodeados de araucanos. Los soldados de avanzada contuvieron a los indios con el fuego de sus arcabuces; los demás no tenían las mechas encendidas para descargar sus armas; aprovechándose de este descuido, los bárbaros los hicieron de preferencia el blanco de sus lanzas. El choque de una masa enorme los desorganizó, i bien que en lucha desventajosa, pelearon porfiadamente por un largo rato. El número los aplastó al fin; todos murieron en la refriega, a escepcion de unos pocos prisioneros. Lisperguer hizo prodijios de valor i pereció heroicamente dando i recibiendo golpes. Desde el descubrimiento de Chile los españoles no habían tenido un combate en que sucumbiera tanta jente.

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, pág. 473.

Por un prisionero escapado a los indios supieron los del fuerte el desastre que sufrió la columna de Lisperguer. Sin flaquear un instante, tomó el mando un joven capitán llamado Francisco Jil Negrete i las precauciones conducentes a evitar otro fracaso.

La costa seguía alzada i hasta las tribus del sur del Maule meditaban un levantamiento. García Ramon, que había pasado el invierno en Concepción, salió a campaña por ese lado en octubre. A partir desde Arauco hasta Cayocupil i Puren sembró de cadáveres su paso; hasta las mujeres i los niños no escaparon a tal esterminio. En Puren supo la derrota de Boroa, por un soldado que había permanecido oculto en los bosques desde el día de esa jornada. Su tropa se acobardó; él, conservando su entereza, ordenó avanzar. El 24 de noviembre llegaba a Boroa. Prévio dictámen de sus oficiales, acordó evacuar el fuerte por insostenible. De aquí retrocedió a las faldas occidentales de la cordillera marítima.

En el verano de 1607 no hubo largas escursiones, sino correrías cercanas destinadas a mantener el prestigio del ejército, conservar las posiciones e imponer castigos inexorables e inhumanos para indígenas i desertores. Un español de apellido Negrete, que vivía entre los indios como consejero e intérprete, sufrió la pena de ser colgado de un pie i arcabuceado.

El ejército se cansaba mientras tanto, las desertiones continuaban, los oficiales pedían su retiro, i el gobernador solicitaba incansablemente refuerzos de España i el Perú; era un estado semejante al pánico. En Santiago reinaba la inquietud con los acontecimientos del sur, que podían tomar cuerpo hacia el norte i traer una revuelta general de la raza indígena.

Esta misma flojedad de la guerra produjo, no obstante, sus beneficios: no viéndose hostilizados los indios, se entregaron tranquilamente a su vida habitual. La población española del norte del Biobío, resguardada por la línea de frontera, volvía a sus trabajos ordinarios.

En el verano de 1607 i 1608 las operaciones tuvieron el mismo carácter: correrías en los distritos de los fuertes, en las que espermentaron mayores perjuicios las tribus de Cuyuncaví, cerca de Angol; de los coyunches, isia de la Laja, i de la costa, que comenzaron a pedir la paz.

Al rei le preocupaban demasiado los gastos i la prolongada guerra de Chile. Pensando en concluirla pronto, dictó diversas medidas encaminadas a ese objeto en varias reales cédulas. Aumentó el situado en la cantidad apuntada, fijó en dos mil hombres el ejército i en ocho mil pesos el sueldo del gobernador; acordó algunas recompensas a los militares i por último mandó establecer en Santiago la real audiencia que ántes habia funcionado en Concepcion, i que la necesidad imponia ahora por el natural aumento de la poblacion i de la industria. Al propio tiempo dispuso el envío de tropas auxiliares, que en escasas partidas fueron llegando del Perú.

En el verano de 1608 i 1609 se llevó a cabo otra campaña en las mismas condiciones de las anteriores. Como siempre, el rigor con los prisioneros era el rasgo distintivo de estas jornadas. Cortes tuvo la fortuna de aprisionar a varios caciques entre ellos a Paillamacu, en el distrito de Tucapel; a todos los mandó arcabucear.

El 3 de agosto entraba a Santiago. El dia 8 de setiembre instaló la real audiencia con una solemnidad jamas presenciada por el vecindario, en que los oidores entraron a la ciudad, presididos por el gobernador i acompañados por personas caracterizadas, i en que se rindió homenaje al sello real en minuciosos paseos, reverencias i velacion en la iglesia (1).

Desde que se instaló la real audiencia se dedicó a estudiar el negocio mas grave de los que podian afectar los intereses de los colonos, la abolicion del servicio personal de los indíjenas. Los que rechazaban este sistema elevaban a menudo representaciones al monarca en que le pedian su conclusion definitiva. Felipe III espidió al fin una cédula en 1601 en que prohibia los servicios personales, hasta en calidad de pago del tributo que los indios estaban obligados a cubrir.

Los virreyes del Perú siempre se habian inclinado a dar cumplimiento a esta disposicion real. García Ramon que traia instrucciones al respecto, se encontró perplejo al llegar a Chile ante estas dos corrientes encontradas que se chocaban. Por la reforma del sistema estaban personas prominentes, como el

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, pág. 499.

obispo, el provincial de los jesuitas, Diego de Torres, i otros. Se habian convertido en activos impugnadores del réjimen establecido por los trabajos excesivos que los encomenderos imponian a los indios, por el olvido en que tenian las ordenanzas protectoras i por el tratamiento riguroso que les daban. Los interesados sostenian a su vez que la abolicion del servicio iba a dejar los campos sin cultivo i a ellos sin medios de subsistencia.

Atenuaba los efectos de la prohibicion, el permiso decretado por el rei en 1608 para someter a la esclavitud a los indios tomados en la guerra, a los hombres desde la edad de dieciocho años i medio i a las mujeres desde nueve i medio.

El 28 de setiembre de 1609, la audiencia, arrastrada por la opinion de los mas, acordó abolir únicamente el servicio de las mujeres i de los menores de edad; significaba, pues, esta resolucion dejar en pié lo establecido. Para paliar la injusticia i la infraccion del mandato real, el gobernador al dar cuenta al monarca del acuerdo, tuvo que valerse de razones especiosas.

Despues de esta permanencia en Santiago, García Ramon volvió en noviembre de 1609 al teatro de la guerra con un contingente de cincuenta soldados criollos. Bien que ya de edad avanzada i de salud destruida, se puso en Concepcion a la cabeza de las fuerzas i salió a campaña a marchas forzadas, porque a su maestre de campo Diego Bravo de Saravia le habian inflijido los indios de Puren una derrota desastrosa.

Cuando llegó al valle de este nombre, se dió principio al arrasamiento de las sementeras. El 31 de diciembre movió todo su ejército para continuar en otros lugares la tarea de talar las siembras. No habia andado mucho trecho cuando se encontró con una junta colosal de araucanos, distribuida en cinco secciones i mandada por los caciques principales Aillavilu, Anganamon, Pelantaro i Longoñongo. Querian presentarle una batalla campal, contra su sistema de guerrillas i emboscadas. Los dos ejércitos se embistieron sin demora. Largo rato estuvo García Ramon en peligro de ser derrotado, pero consiguió romper la línea araucana sin hacerle bajas de consideracion i perdiendo por su parte dos hombres, cuyas cabezas los indios enviaron a las tribus de la costa. Sublevóse esta rejion con la noticia i tuvo que ir el gobernador a marchas forzadas a conte-

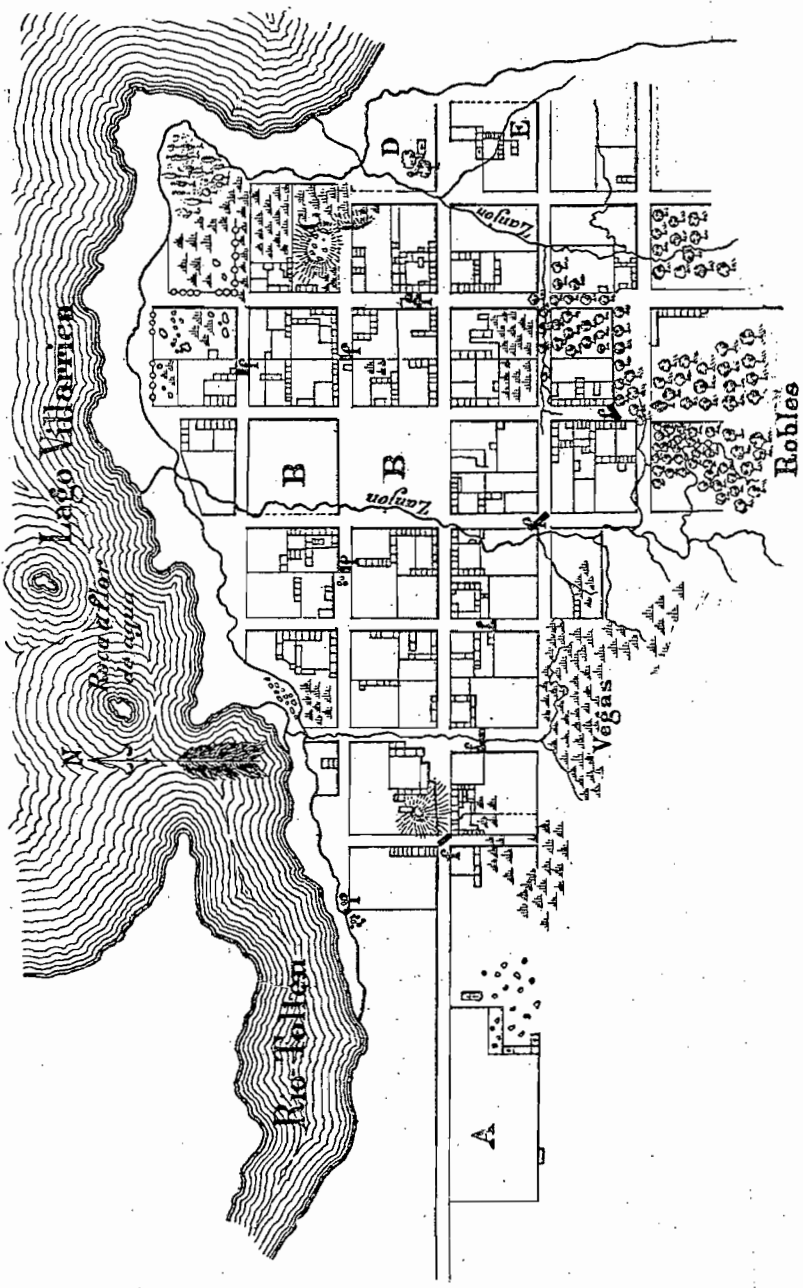
nerla. Tranquilizáronse los caciques de Arauco i Tucapel i aun se dejaron arrastrar a un parlamento que se verificó en Lebu, donde el gobernador "hizo pasar por las picas" a veinte de ellos i ahorcar a seis indios mensajeros. La campaña terminó, aunque con la fundacion de un fuerte en Angol, con pérdidas mas positivas para los españoles que para los araucanos.

Cuando el mes de mayo de 1610 estaba por concluirse, García Ramon se hallaba en Concepcion. Las dolencias i los trabajos materiales fueron doblgando su salud hasta llevarlo al sepulcro en julio de este año. Como contaba con la autorizacion del rei, legó el mando al oidor de la real audiencia don Luis Merlo de la Fuente. Murió mui pobre, mas que ninguno quizas de los gobernadores que habian dejado de existir en Chile ántes de él.

TOMAS GUEVARA.

(Continuará)





Lago Villanueva

Carrañon
de
Cajon

Rio Rollen

Lanzon

A

B

B

D

E

VEGAS

Robles

N

S

